

UN RETRATO DE MUJER

REPUBLICA DE COLOMBIA
Departamento de Antioquia
BIBLIOTECA DE ZEA
MEDELLIN



SEVILLA

*Establecimiento tipográfico de Francisco Alvarez y C.^o,
impresores de Cámara de S. M. y de SS. AA. RR. los Serms. Sres. Infantes
Duques de Montpensier.*

6-XIII

||

UN RETRATO

DE

BIBLIOTECA Y MUSEO DE ZEA

MUJER

POR

JOSÉ SELGAS



REPUBLICA DE COLOMBIA
 Departamento de Antioquia
 BIBLIOTECA DE ZEA

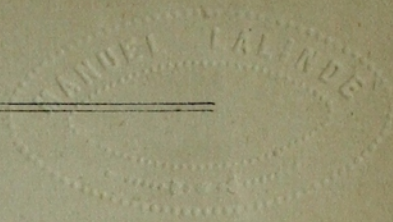
SEVILLA: 1876

FRANCISCO ALVAREZ Y C., EDITORES

Tetuan, n.º 24

ES PROPIEDAD

863
5465r
Ej. 1



I.

LA VIDA MODERNA

No sé yo qué género de impaciencia es la que nos agita en estos días que alcanzamos, pues mirándolo bien, el hombre parece hoy poseído del furor de la movilidad, de una movilidad incansable, más aún, de una movilidad frenética. Va y viene, sube y baja, entra y sale como si un secreto resorte lo empujara, ya en una dirección, ya en otra, ya á un mismo tiempo en todas direcciones. La rapidez que los adelantos del siglo han facilitado al movimiento de traslación, parece que nos obliga á no tener ni un momento de reposo; se puede asegurar que vivimos con el reló en la mano y el pié en el estribo. Casi suprimidas las distancias por un supremo pro-

388765(1)

digio de la industria, estamos á punto de realizar el bello imposible de hallarnos á la vez en todas partes.... ¡Oh, sí!, nos movemos al vapor.... vivimos al minuto.

Las grandes ciudades esparcidas por toda la redondez del mundo civilizado no son más que las soberbias estaciones en donde, digámoslo así, se detiene un momento el itinerario de nuestra movilidad, de nuestra impaciencia, de nuestra prisa. Diríase que el tiempo se acerca á su último instante y que, empujados por la urgencia del caso, corremos de un punto á otro temerosos de llegar tarde al lugar, todavía ignorado, en donde la civilizacion nos ha prometido la felicidad suprema, más todavía, la felicidad eterna.

Hay algo del Judío errante en los destinos de las presentes generaciones. «Anda, anda» les grita una voz desconocida que resuena en sus oídos por todas partes, y andan, y nunca llegan. Cuanto más redoblan la rapidez de la carrera, más se alejan del paraíso que buscan. El horizonte les presenta de continuo risueñas perspectivas que flotan un momento en el aire y que al tocarlas vacilan, se desvanecen, dejando al

disiparse nuevas tinieblas, nuevos desiertos y nuevas soledades.

Arrastradas por el vapor que ruje fatigado dentro de la máquina que lo sujeta, llegan á cada instante y salen á cada momento como torrentes que se precipitan, se cruzan, se empujan en corrientes impetuosas que van y vienen descansando apénas en los remansos de las grandes ciudades.

Yo he observado muchas veces la inquietud incansable del pájaro encerrado en la jaula; lo he visto ir y venir, subir y bajar buscando entre los alambres que lo aprisionan ocasion favorable para tender el vuelo hácia el horizonte que lo atrae y el espacio que lo llama. ¡Qué ingrato es á la solicitud de la mano que provee á sus necesidades!.... El sol de la mañana ilumina los dorados hierros de su jaula, el aire del campo le trae los perfumes con que las flores de la Primavera embalsaman el ambiente que las rodea; vive al abrigo de las inclemencias de la naturaleza; su mesa, digámoslo así, es limpia, abundante y regalada; la estancia en que vive encerrado es opulenta.... ¿Qué más quiere? Y en cambio de

tantos beneficios ¿qué se le pide?... Nada.... su propio bien.... que cante, que se alegre, que sea dichoso.... Mas hé aquí que tanta felicidad lo desespera. ¡Que sea dichoso!... Bah!... Abridle la jaula y lo veréis volar, huir, perderse en las oscuridades del bosque ó en las soledades del espacio, como quien se escapa de un terrible peligro, de la boca de la serpiente ó de las uñas del gato. No lo esperéis porque no volverá.

No vuelven nunca; prefiere al abrigo de la jaula los rigores de la intemperie, á los regalos de la domesticidad las crueldades de la naturaleza que es su providencia. ¡Oh qué insensato!... Cuelga el nido del primer vástago que encuentra á merced de las tempestades y de los huracanes, tiene que buscar en los sembrados la semilla con que ha de alimentarse, duerme sin más amparo ni más abrigo que las hojas de los árboles y vive rodeado de asechanzas, de peligros, de inquietudes y de tribulaciones; pero no le habéis de las delicias de la jaula porque os mirará con recelo; saltará de una rama á otra como para asegurarse de la agilidad de sus alas y cuando creáis que va á someterse á la felicidad que le ofreéis, levantará

el vuelo y os dejará con la boca abierta.... Allá á lo léjos, suspendido en el aire ó medio oculto en la sombra del follaje lo oiréis cantar ufano, alegre.... ni más ni ménos, que si pretendiera burlarse de los regalados placeres de la jaula. ¡Infeliz! ¡Qué aturdimiento, qué locura!...

¿Hay algo de esto en nuestro destino?.... Vamos á cuentas. La mano generosa de todo este animado conjunto de felicidades que llamamos civilizacion moderna, no puede ser más pródiga para nosotros. Con una solicitud que no sabremos agradecer nunca, acude á satisfacer nuestros deseos, realiza á nuestros ojos las más estupendas maravillas, nos asegura la vida, la salud, la abundancia, el placer continuo, y hasta nos tiene prometida la eternidad sobre la tierra. Por un prodigio de ingenio increíble, ha convertido este valle de lágrimas en un paraíso de goces sin término y sin medida. No hay que darle vueltas, la vida moderna no tiene desperdicio; por todas partes se nos aparece llena de comodidades, de satisfacciones, de goces y de placeres; la casa, la mesa, el coche, los paseos, los teatros, los cafés, los casinos.... todo lo que

nos rodea ejerce sobre nuestros sentidos un encanto irresistible.

¿Cómo ha podido vivir hasta ahora el género humano? Antes de llegar al eden en que nos encontramos ¿se vivía realmente? Hoy, yá lo vemos, la vida nos sale al encuentro coronada de flores, con la concupiscencia en los ojos y el libertinaje en los labios, nos tiende la mano y nos convida á vivir, incitándonos á permanecer sobre la tierra en eterno hospedaje.

Lo diré aquí; sería una ingratitud desconocer las ventajas que nos proporcionan y los vivos recreos con que nos seducen las prodigalidades de nuestro siglo; porque, justo es reconocerlo, materialmente hablando no se puede vivir mejor que nosotros vivimos. ¡Ah qué vida! ¡Qué hermosa vida!.... Sólo las insidiosas sugestiones de la muerte consiguen inducirnos á abandonarla. Morir cuando todo se une, se estrecha, se confabula para llenar de continuos deleites las horas que invertimos en dar una vuelta por el mundo, es ciertamente una locura muy antigua de que todavía no ha podido curarse la especie humana.

Bueno que en la antigüedad, cansados los hom-

bres de la insustancialidad de aquella vida sin *Fornos*, sin *Bufos*, sin un café en cada esquina, sin un casino en cada calle, sin caminos de hierro, sin telégrafos, sin *Bolsas*, sin periódicos.... consumidos al fin por el fastidio, dobláran la cabeza y cerráran los ojos para siempre. Bueno que hoy mismo, en los pueblos salvajes donde aún no han penetrado las atractivas novedades de nuestra civilizacion, las gentes sorprendidas por la mano alevosa que nos va empujando hácia el sepulcro se dejen cojer en el garlito de la muerte.

Eso se concibe perfectamente; pero á la altura en que nos encontramos, en medio de tantos goces como acuden á solicitar de tan diversas maneras los inconstantes apetitos de nuestros deseos, no se comprende cómo hay quien abandona el *confort* de su casa, el *menu* de su mesa, los muelles almohadones de su coche, su teatro favorito, su café predilecto, su casino.... su periódico; cierra los ojos á tanta dicha y huye del mundo para ir á esconderse, más aún, á sepultarse en el último rincon de un cementerio.

Y bien, hay casos en que puede ser absolu-

tamente indispensable morir, en razon á que la ciencia no nos ha revelado todavía el secreto de la inmortalidad, pero, quieras que no quieras, estamos viendo que cualquier accidente de la naturaleza sirve de pretexto para dejar la vida. La mortandad crece y se extiende por todas partes sin que basten á detenerla los esplendores de la civilizacion, ni los progresos del siglo. Hoy porque el Invierno es crudo, mañana porque el Verano es seco, ántes porque se anticipó la Primavera, despues porque el Otoño fué húmedo, ya de una enfermedad crónica, ya de una enfermedad aguda, sin contar las guerras, los descarrilamientos, los asesinatos, las epidemias y los suicidios, el hecho es que la voracidad de la muerte se muestra cada dia más insaciable. Es decir, que nos morimos ni más ni ménos que si viviéramos allá en el Congo ó aquí en Marruecos. Hé ahí lo que á mí me admira.

Y no es solamente la satisfaccion de los goces materiales lo que nos incita á la vida. El espectáculo universal que nos rodea posee tambien encantos irresistibles, porque la funcion no puede ser más amena, más variada ni más

entretenida: los actores hacen prodigios de ingenio, los aplausos se escapan de nuestras manos y la risa centellea en nuestros labios. La acción, llena de incidentes, se teje ante nuestros ojos ya cómica, ya dramática, y de enredo en enredo, de embrollo en embrollo, de catástrofe en catástrofe nos lleva como de la mano por el laberinto de los sucesos á un desenlace que alternativamente se acerca y se aleja para mantener nuestro espíritu bajo la emoción constantemente renovada de una crisis interminable.

Y ved aquí un placer que no se agota; si no es infinito, es por lo ménos indefinido: cada día, cada hora, cada instante nos presenta la fugitiva novedad del momento; la perspectiva cambia sin cesar y el ánimo apenas tiene tiempo para recrearse en los fugaces accidentes del espectáculo. Para que el incentivo de la curiosidad sea más vivo, los acontecimientos se hilvanan en secreto bajo el misterio de una sombra impenetrable, y no hay cálculo humano que los anuncie ni intuición que los adivine. Jamás lo porvenir se ha ocultado á los hombres en oscuridad más profunda; la realidad misma que palpamos nos

parece mentira; no puede ser ni más real ni más fantástica.

¡Mañana!... ¡Oh! ¿Qué sucederá mañana? Nadie se atreve á saberlo, pero es seguro que mañana sucederá algo extraordinario, algo nuevo, algo imprevisto, que sin dejar de ser la cosa más natural del mundo, venga á suspender nuestro ánimo con la novedad de lo inesperado. ¡Quién sabe lo que sucederá mañana!... Al levantarse el telon del nuevo dia ¿qué género de espectáculo nos espera?... No hay nada que no pueda suceder, porque en esta época decididamente incrédula todo es yá creible. No hay escándalo, ni prodigio ni monstruosidad que no sean posibles, y nos salen al encuentro al pasar de un dia á otro, poniendo nuestra existencia á cubierto de los horrores del fastidio.

Así, de sorpresa en sorpresa, la accion cada vez más embrollada de la gran comedia que se representa en el teatro del mundo moderno aumenta el afan y el encanto de la vida. ¡Qué variedad de acontecimientos! ¡Qué combinacion de caracteres! ¡Qué complicidad de personajes!... ¡Qué cambios de escena!... La imaginacion más

rica y más caprichosa no acertaría nunca á compaginar un conjunto de cosas tan revuelto, tan animado, tan desastroso y tan divertido.

Y bien, hay, sin embargo, quien deja, digámoslo así, su butaca de terciopelo de Utrech ó su palco forrado de seda y vuelve la espalda para siempre á la continua novedad de esta fiesta perpétua, á la delicia permanente de este placer continuo. ¡Qué manía de morir...! La ciencia nos alumbrá, la industria nos perfecciona y el arte nos recrea; no hay maravilla que pueda pedirles la voluptuosidad de nuestras costumbres que no esté ya anotada en los catálogos de sus invenciones. La civilización en que vivimos más activa, más ingeniosa, más impaciente que nuestros mismos apetitos no sólo los satisface, sino que los incita; en vez de esperarlos les sale al encuentro, se anticipa á ellos, y valiéndose de la magia de sus seducciones los sácia y al mismo tiempo los multiplica; no hay cansancio posible ante la viva eficacia de sus incentivos, todo es miel en la copa que nos ofrece.

Y en cambio de tantos beneficios, de tantos placeres, de tantas satisfacciones ¿qué nos pide?

Nada; nuestro propio bien; que vivamos, que gocemos, que seamos dichosos. Mas hé aquí que nosotros, semejantes al pájaro en la jaula, vamos de un punto á otro con movilidad incansable buscando una salida por donde escaparnos de esta red de felicidades materiales en que hemos caído. Diríase que la abundancia nos ahoga, que el placer nos atormenta, y que la felicidad misma nos angustia. Sí; somos grandes, somos sábios, somos poderosos y casi hemos llegado á persuadirnos de que somos el principio y el fin de todas las cosas, pero no somos dichosos.

¿Por qué?

Porque el espíritu humano se empeña en tener alas y quiere volar fuera de la jaula en que se encuentra prisionero. Á lo mejor se acuerda de no sé qué horizontes desconocidos, de qué bosques misteriosos, de qué espacios infinitos, y entónces pugna por romper las ligaduras que lo sujetan y enmedio de los deleites que embriagan sus sentidos siente en su corazón un vacío que no llenan nunca los placeres del mundo, y los devora uno tras otro con sed insaciable. Cada deseo satisfecho es una esperanza perdida, en

cada placer encuentra un desengaño, las dulzuras de los deleites dejan, si puedo decirlo así, en el paladar de su alma el sabor amargo de la muerte.

Goza y no es dichoso.

Como si pretendiera huir de sí mismo va y viene, sube y baja, entra y sale, anda sin camino, corre sin dirección, vive á escape, mejor dicho, no vive.

Más, siempre más; esta es la fórmula de su continuo pensamiento, ó lo que es lo mismo: oro, más oro, mucho oro, todo el oro que puede caber dentro de un bolsillo sin fondo.

Hasta ahora la sociedad en que habitamos nos concede *gratis* el *usufructo* del sol que nos alumbra y del aire que cada uno respira según las necesidades de sus pulmones; mas estas dos concesiones graciosas, que disfrutamos mientras las urgencias del tesoro público no obliguen al Estado á disponer que la luz se alquile y que el aire se arriende, no bastan para que podamos decir que vivimos. Es indispensable algo más que un rayo de sol y un soplo de aire para entrar formalmente en el pleno goce de la vida civilizada; se necesita ante todo y sobre todo, oro, más oro, mucho oro, siempre oro.

Sin este requisito puede un hombre vivir nada más que lo absolutamente necesario para que no se le entierre; mas si se le permite andar sobre la tierra, so pretesto de que respira, todo lo demás que constituye la realidad de la vida moderna le está prohibido.

La palabra misma lo dice: el que no tiene un real carece de todas las realidades, no puede realizar nada. Vaga entre los hombres como un sér fantástico, inverosímil, increíble, en el que todo es imaginario. Es una mera abstracción, una idea negativa, como la idea de la oscuridad, como la idea del vacío; es un cero humano, un espacio...., nada. El oro por consiguiente es lo esencial, lo importante, lo necesario; lo que es el alma al cuerpo, lo que es la sangre á la vida.

Muy bien; pero este espíritu rebelde que se anida dentro de nosotros es insaciable. En vano el oro realiza ante sus ojos prodigios increíbles; en vano embelesa sus sentidos con nuevas y continuas maravillas.... No se satisface, y mirándolo con desdén, le dice:

—Quiero más.

—¡Más!...— exclama la riqueza asombrada.

—Sí—le contesta.

Y el oro replica:

—Yo alquilo para tí la lisonja, los honores y la opulencia; para tí compro la amistad, el amor, la justicia. Yo embalsamo el aire que respiras con el perfume de todos los placeres y siembro de flores tu camino. El mundo es tuyo.... ¿Qué más quieres?...

El espíritu se agita impaciente y dice:

—Quiero ser dichoso.

—¡No lo eres? pregunta la riqueza llena de asombro.

—No—contesta el espíritu.

Y bien: nosotros mismos nos resistimos á creerlo porque hemos unido en lazo indisoluble el sentido de estas dos palabras: *riqueza y felicidad*; en nuestros oídos suenan de la misma manera; son en el lenguaje habitual dos voces sinónimas. La cuenta de nuestras felicidades no es en resúmen más que el continuo balance de las riquezas que adquirimos ó de las riquezas que derrochamos. En nuestros tiempos no hay más que un motivo de oprobio, de desesperacion y de angustia: la pobreza.

Vaya V., pues, á persuadir á un saco repleto de oro, de su impotencia, cuando todo lo puede. ¿Cómo se le hace creer que no está á su alcance la felicidad humana, que un hombre puede con una mano contar sus millones y con la otra sus miserias?...

«Aquí—podrá decir poniendo la mano sobre su gaveta—aquí tengo la felicidad.»

Mas poniendo la mano sobre su corazon podrá exclamar al mismo tiempo

«¡Oh cuán infeliz me siento!...»

Pero, yá se vé, la vida moderna, inclinada ante la divinidad de los intereses materiales, ha jurado solemnemente hacernos dichosos, y desatando el multiplicado poder de sus estímulos no nos dejará ni un instante de sosiego hasta vernos felices. Revolverá con mano ejecutiva los arcanos de la ciencia, los secretos de la naturaleza, los tesoros de la industria y los prodigios del arte para rodearnos de placeres, abriendo á nuestra dicha el manantial de todos los goces en la doble concupiscencia del entendimiento y de los sentidos.

Pero hé aquí que, en medio de las delicias de la embriaguez, sentimos la angustia de la misma

embriaguez; en el rostro, si puedo decirlo así, de nuestra alegría se dibujan señales tenebrosas de profunda tristeza, porque en medio del bullicio con que nos aturdimos nos asaltan las diversas soledades á que hemos condenado la vida del alma, ni más ni ménos que si marcáran en nuestro semblante los rasgos de la degradacion que nos anima.

Mas la fecundidad de los goces materiales es inagotable, y la vida nos empuja en todas las direcciones de la felicidad sin que consigamos encontrarla. Devorado un placer pedimos otro, y arrastrados por el ímpetu ciego de los apetitos que nos desesperan en el momento mismo en que los satisfacemos, corremos á todo vapor, de una parte á otra, sin llegar nunca al lugar donde vamos. Todo se nos ha concedido ménos el reposo.

Nuestro espíritu, rebelde á las felicidades de la vida moderna, no encuentra sosiego. Paladea los placeres con el afan del hidrópico y su sed no se mitiga. *Más.... siempre más.... y siempre nada.* El placer se convierte en tormento, la glória en martirio, la dicha en suplicio.

Confesémoslo con doloroso desaliento; el oro no tiene el poder de hacernos dichosos, porque la felicidad que pedimos, que entrevemos en el fondo atribulado de nuestro sér, posee una honradez desesperante. Cruel virtud que no nos deja ser dichosos en medio de tantas grandezas, de tanta sabiduría, de tanto oro.

¡Felicidad incorruptible!... ¡Ah.... si pudiéramos sobornarte!

II.

LA CASA

Después que se dan algunas vueltas por el mundo, y hemos adquirido cierto triste conocimiento de los hombres y cierta amarga experiencia de las cosas, experimenta el ánimo la penosa vacilación del viajero que se encuentra de repente con la inesperada noticia de que ha perdido el camino.

Éste suele ser un momento decisivo en nuestra vida, el horizonte se oscurece delante de nuestras miradas, la perspectiva que nos sonreía se desvanece como la decoración de un teatro, y.... ¡bah! todas aquellas esperanzas atesoradas por la codicia de la imaginación, todo aquel papel creado por la impaciente riqueza de nuestros

deseos empieza á cotizarse en desastrosa baja; el valor nominal de tantas dichas soñadas sólo puede negociarse con ruinosos descuentos. ¡Qué desencanto!... Aquélla era la ilusion y ésta es la realidad. La distancia es el secreto de la mayor parte de las cosas que nos deslumbran. A lo léjos siempre encontramos un lienzo preparado para recibir las creaciones de nuestra fantasía; pero ese cristal distante donde se dibujan las movibles imágenes de lo que apetecemos, se quiebra al acercarnos. Así son la juventud, la glória, la ciencia y la riqueza, perspectivas deslumbradoras, cierto, pero nada más que perspectivas que se desvanecen al tocarlas.

El mundo es ciertamente un bello panorama ¿por qué hemos de negarlo?... No hay quimera de la imaginacion, ni capricho de la fantasía cuya realidad no nos ofrezca, más temprano ó más tarde, con el ingénuo desembarazo del hombre á quien no le duelen prendas. ¿Qué apetece la ambicion? ¿qué sueña la vanidad? ¿qué imagina el placer?... caprichos.... portentos.... imposibles.... es lo mismo; el mundo posee una vara mágica que hace brotar en nuestra presencia

todos los prodigios que sueñan nuestros deseos.... Fama, poder, sabiduría, fortuna.... todo lo tiene á mano, como si dijéramos detrás de la puerta; no hay más que ir, tender el brazo y cogerlos.

Y bien, llegamos, tendemos la mano y cojemos el fruto; fama ó poder, sabiduría ó fortuna están yá bajo nuestro dominio, son nuestros. Perfectamente; sea como quiera el mundo, al fin nos ha cumplido su promesa. Mas seamos ingénuos ¿por qué hemos de engañarnos? Fama, sí, pero ¡qué fugitiva! Poder, sí señor, pero ¡qué efímero! Sabiduría, sin duda; pero ¡qué incierta.... qué oscura!... Fortuna, ciertamente, pero ¡qué frágil, qué inconstante, qué loca!

Fama.... ¡curiosa maravilla! Entre las diversas invenciones con que el mundo nos alucina ninguna es más alhagüena á nuestra vanidad. Ser el platillo de las conversaciones, el objeto de las miradas, el suceso del dia, el asunto del momento; ir de boca en boca, atraerse por la fuerza irresistible de la novedad la curiosidad de unos, la admiracion de otros y la espectacion de todos es el placer supremo. No es fácil sustraerse al atractivo con que nos seduce la celebridad, y ¡en

cuántas torpezas, en cuántas locuras, en cuántas maldades incurrimos por alcanzarla! Pero bien, sea lo que sea, la alcanzamos, por un día, por una hora, por un instante, el mundo se convierte en eco de nuestro nombre, las cajas de fósforos repiten nuestra imágen, y llevan, digámoslo así, el esplendor de nuestra glória á las últimas regiones de la tierra. ¡Qué duda tiene! Mas, apréciese como se quiera, el mérito que por aquel momento nos eternice, ello es, que la inconstancia de la admiracion humana ó de la curiosidad pública, nos vuelve la espalda al dia siguiente, porque no es posible detenerla.

En nuestros dias se sube fácilmente á la cumbre de la celebridad y en la impaciente rueda de la fama se baja tan fácilmente como se sube. Este desengaño debe ser muy triste. Se puede decir, que somos testigos de nuestra muerte y que asistimos á nuestro propio entierro. Despues de la admiracion no hay nada más cruel que la indiferencia.

Si me es posible reducir á dos monosílabos los términos del tránsito á que parecen condenadas las celebridades de nuestros dias, diré que

el mundo las proclama y las destrona con estas simples palabras:

Primero — ¡Oh!

Despues.... — Phs.

Ayer todo, hoy nada.

Relámpago que brota de la oscuridad para volver á esconderse en la misma oscuridad de donde ha salido.

Poder.... ¡qué gran palabra! Esa es la que con más furor se disputan las ambiciones de los hombres. El poder público viene á ser la pasión dominante, la mania permanente, el vicio constitucional que nos domina y nos agita. No sé cómo apreciar este dón que el mundo nos ofrece. ¿Por lo que vale?... Las antesalas de los poderosos están siempre llenas de cortesanos que sonrien el dia del éxito con la misma boca con que muerden el dia del fracaso. No hay soledad semejante á la que acompaña á los poderes caidos. ¿Por lo que cuesta? ¡Ah! ¡cuántas humillaciones para conseguirlo!... ¡cuántas debilidades para conservarlo!...

Por una contradiccion fatal de las palabras, poder quiere decir impotencia, porque en rigor

no pasa de ser pura apariencia.... No se opone ni se impone, simplemente se expone; en vez de ser la resistencia que contiene el mal, es la transaccion que lo facilita y lo justifica; se puede decir que flota porque no pesa, y que semejante á un alcalde famoso emplea toda la energía de su autoridad en ir delante del motin para evitar desórdenes.

Lo justo.... sí, no hay poder humano que no lo apetezca; pero ántes hay que tantear á los ambiciosos y tener en cuenta á los descontentos. El poder más que una fuerza es una actitud, más que una realidad es un aspecto. Aspecto magnífico.... porque, vedlo; todo lo hace; mas descorred el velo de las apariencias y encontraréis que pocas veces hace lo que debe y casi nunca lo que quiere.

Sabiduría.... ¡qué noble locura! Equivale á sondear las profundidades de un abismo sin fondo; es tanto como abrir desmesuradamente los ojos para ver en los arcanos de la oscuridad; viene á ser poco más ó ménos la tarea de desaguar el Occéano, ó, el absurdo propósito de medir el espacio. ¿Sabeis aritmética?... Sin duda; pues

bien, contad las arenas del mar ó las estrellas del cielo. En vano buscaréis en las revelaciones del álgebra esa incógnita insondable; en vano fatigaréis á la ciencia humana para que os descifre los misterios que ignora; inútilmente penetraréis en la naturaleza de las cosas buscando aquella causa originaria, aquella primera causa que semejante á un círculo sin límites tiene el punto céntrico en todas partes y la circunferencia en ninguna. La razon misma, perdida en esas soledades implacables, se detiene angustiada y nos dice: Fé ó ignorancia.

Despues que el hombre llega á los últimos términos de los conocimientos humanos, la luz de su ciencia vacila como la luz de la lámpara que empieza á apagarse, el rayo de su inteligencia se rompe en las sombras de la eternidad, como hoja de acero que quiere penetrar en muro de bronce. Admirable es la audacia de los exploradores que han intentado hollar con sus plantas la region solitaria del Polo; unos han vuelto vencidos por la tenacidad del Occéano, y otros no han vuelto todavía. Mas no importa; la imaginacion, más audaz y más aventurera, se lanza á

espediciones no ménos desastrosas. ¿Qué busca? —Busca otro polo, el polo impenetrable alrededor del que gira la eternidad; y hé aquí, que se pierde en los desiertos, que siempre salen al paso de la razon extraviada.

¡Sabiduría!... Y bien ¿qué sabemos?

Pero, ¡ah! la fortuna llama á nuestras puertas con sus dedos de oro. La fama es quimera, el poder apariencia, la sabiduría afan irrealizable; mas aquí está la riqueza, ella es la realidad de todas las cosas, todo es en ella efectivo.

Llamamos fortuna al dinero, lo mismo que le llamamos felicidad. ¿Acaso hay en el mundo otra felicidad ú otra fortuna? Hemos acumulado unos cuantos millones, Dios sabe cómo, y hablando en plata, podemos decir que tenemos la fortuna en el bolsillo. ¿Quién nos tose? Todo se inclina ante el resplandor de nuestra opulencia. En este caso la vida es coser y cantar; si alguna tarea nos impone es simplemente la de ser dichosos. Por la fuerza de sus prodigios trasforma el tormento de los deseos en el placer de las satisfacciones.

En este puñado de oro que hierve en nues-

tras manos, se puede decir que ha condensado el mundo el secreto de todos sus dónes. Nada se resiste al prestigio de sus encantos, la atracción que ejerce es irresistible.

A vosotras, pobres criaturas que os arrastrais sobre el polvo de la tierra, los afectos del alma que forman la vida de vuestro espíritu os cuestan tiernas inquietudes, dulces afanes, y me atrevo á decir, sabrosos pesares; pagais el afecto que inspirais con el afecto que sentís, mas esos cambios, permítaseme decirlo así, en especie, son demasiado antiguos, pertenecen á la infancia del comercio humano. El dinero es yá la fórmula auténtica de todos los valores, y el que lo posee no malgasta su corazón en adquirir los sentimientos que forman la vida del alma; los paga al precio corriente en el mercado y es amado y querido á peso de oro. Compra la amistad, el amor, el respeto, como se compra una casa, un coche, una joya. Allá en el fondo de su pensamiento se levanta la cuenta de esos despilfarros de su bolsillo; allí, con números inexorables, se justiprecia el valor de los afectos adquiridos: respeto, amor, amistad.... mil, dos mil, tres mil.... hé ahí todo.

Respeto de pacotilla, amistad en liquidacion, amor en pública subasta. Amor que se adjudica al mejor postor, amistad que se cotiza, amor que se alquila.

Al hacer el balance de estas operaciones de caja se acumulan las cantidades invertidas en adquirir amores, amistades, respetos, y, al buscar la realidad equivalente de la suma invertida, la aritmética implacable arroja á nuestros ojos desconsolados un guarismo insondable: la soledad del cero.

Cuando llegamos á descubrir el vacío que se oculta en el fondo de las grandezas con que el mundo nos alucina, despues que se han roto delante de nuestros ojos las perspectivas con que nos deslumbra y nos atrae, cuando las flores que hemos cogido en el camino de las esperanzas se han deshojado en nuestras manos, nos detenemos, contemplamos con tristeza el tiempo malgastado, y apartándonos á la orilla del camino por donde se precipita el tumulto del mundo, buscamos un refugio á nuestros desengaños encerrándonos entre las cuatro paredes de nuestras casas.

Yo creo que se empieza á morir desde el

momento mismo en que se nace. Primero muere en nosotros la inocencia, esa bella edad en que todo se ignora y todo se adivina; edad llena á la vez de luz y de misterios. Despues, si puedo decirlo así, espira en nuestros brazos la juventud, siempre loca, que todo lo sueña, todo lo quiere y todo lo espera. Luégo agoniza el encanto de nuestras más vivas ambiciones y.... adios mundo. Como el que vuelve de un largo viaje llamamos con afan á la puerta de nuestra casa; se abre de par en par para recibirnos, y entramos. En ella todo nos espera, todo nos sonrie, todo nos alhaga. Todo nos sale al encuentro para hablarnos de aquellos dias remotos.... de aquellos primeros dias de la vida, poblados de ilusiones y de esperanzas.

Allí está el recuerdo de nuestra infancia y la memoria de nuestra juventud que salen á recibirnos, para contarnos aquellas locuras yá olvidadas, aquellos sueños desvanecidos que hermo-searon los primeros años de nuestra existencia. Se puede decir que la vida que abandonamos por seguir las corrientes tempestuosas del mundo, permanece allí tranquila, risueña, fresca como

una mañana de Primavera; y haciéndonos retroceder diez años, quince años, veinte años, anima nuestro corazón desalentado, nos rejuvenece y nos consuela.

El mundo ha llenado nuestro espíritu con la amargura de los desengaños y la casa nos espera llena de dulces recuerdos. Dentro de las cuatro paredes que la ocultan se encierra el mundo de nuestra vida: lo hemos perdido buscando fama, poder, sabiduría, riqueza; mas hé aquí que al cruzar el umbral de nuestra casa, al volver de esa expedición desastrosa, la encontramos, y parece que renacemos. Sacamos de ella un tesoro de esperanzas y al volver nos ofrece un tesoro de recuerdos.

Bajo el techo siempre hospitalario de nuestra casa todo nos habla de nosotros; el aire que allí se respira está lleno de ecos que repiten nuestro nombre, de voces que nos llaman, y la memoria se abre á los ojos de nuestra imaginación como un libro en el que leemos con alegre tristeza las primeras páginas de nuestra vida.

Han pasado muchos años desde el tiempo de aquellas escenas, que la memoria evoca, hacién-

dolas resucitar delante de nuestro pensamiento; y sin embargo, ¡qué nuevas nos parecen!... Los objetos que nos rodean, nos cercan, nos estrechan, se disputan nuestras miradas, buscan nuestras sonrisas, y todos á la vez nos preguntan: ¿Te acuerdas?...

En el mundo se pierden una á una las esperanzas y se agota todo el tesoro de nuestras ilusiones, y al volver, la puerta de aquel hogar olvidado se abre como los brazos de un antiguo amigo que nos esperaba, y sale á nuestro encuentro para estrecharnos contra su corazón. No se queja de nuestra ausencia ni de nuestro olvido; nos vuelve á ver y parece que enjuga sus lágrimas y sonríe para recibirnos.

La luz del día hace olvidar la oscuridad de la noche, y del mismo modo la casa se ilumina con nuestra presencia. Diríase que es una casa en la cual amanece.

Perdidos en las tumultuosas soledades del mundo, volvemos; nos habíamos olvidado de de nosotros mismos y en ella nos recordamos, nos reconocemos, y me atrevo á decir, que nos estrechamos la mano como si nos volviéramos á ver despues de mucho tiempo.

Cuatro paredes, que se confunden en el laberinto de casas que forman el conjunto de las poblaciones, ese rincón humilde, ignorado, desconocido, donde acudimos á guarecernos contra la intemperie del mundo, es el puerto que suele salvarnos de los naufragios de la vida. Apenas creemos que en la estrechez de estos dominios pueda encontrar el afán de nuestras miradas nuevos horizontes. Mas ello es que el cielo se extiende sobre la tierra de modo que el hombre pueda contemplarlo desde todas partes. Siempre que levante los ojos descubrirá el profundo azul de que se halla eternamente vestido.

¡Oh, sí! El mundo es una gran cosa; nos atrae, nos seduce, nos embriaga, nos enloquece; corremos detrás de sus encantos con ciega impaciencia; mas ¡qué capricho!... Le cerramos las puertas de nuestras casas, lo dejamos en la calle, no queremos que penetre en la intimidad del hogar en que vivimos.

Cada cual ha hecho de su casa un recinto sagrado, hasta para sí mismo: en el umbral de su casa deja cada uno sus vicios, sus pasiones, sus torpezas y sus debilidades, como si al entrar en

ella, fuese á comparecer ante su conciencia. Hasta el impio no se atreve á serlo siempre en su casa; sorprendedlo en las intimidades del hogar doméstico y os parecerá otro hombre y diréis: el loco ha recobrado el juicio. La última degradacion es la que el hombre lleva á su casa.

Vedlo llegar revestido con todos los honores del mundo. Es un magnate en el que ha colgado la fortuna las brillantes insignias de sus favores. Las gentes se han inclinado á su paso y ha recogido su vanidad todas las demostraciones de la lisonja. Pero cruza el umbral de su casa, allí se despoja del oropel de sus honores, se desnuda del disfraz de su grandeza y queda reducido al vulgo de los más simples mortales.

Pero nó, es un ser humilde que no le disputa á la suerte el beneficio de sus locas preferencias: viene inclinado bajo el peso de la pobreza, lleva sobre su rostro el honrado polvo del trabajo; no se le vé, no se le mira, no se le advierte; es un ser oscuro, ignorado, desconocido; una mera figura, una sombra, nadie. Llega á la puerta de su casa y entra. Allí sus ojos se iluminan, su frente se levanta, sus lábios sonríen y su pecho respira.

Allí no es yá la máquina que funciona ni la fuerza que trabaja, no es un ser oscuro, ignorado, desconocido, no es una mera figura, una sombra, nadie. Es algo, es un alma que espera, y un corazón que siente; es un hombre. ¡Qué humillación y qué grandeza!...

Estais descontentos de los hombres que habeis conocido en el torbellino del mundo. Lo sé. Todos os parecen frívolos, egoistas, falsos y perversos; pero buscadlos fuera del mundo, sorprendedlos cuando se ocultan en el santuario de la casa y tal vez os parezcan mejores, porque miradlo bien; en el mundo brillan todos los vicios y en la casa se esconden todas las virtudes.

III.

LA FAMILIA

Sí; es muy lisonjero para nosotros el aspecto exterior que presenta la sociedad en que hemos nacido. ¡Qué cortesía en el trato! ¡qué desembarazo en las costumbres! ¡qué intimidad en las amistades! La civilización ha suavizado de tal manera las asperezas del carácter, que nunca ha sido el hombre ni más afectuoso, ni más cortés, ni más tratable.

Mientras no nos conocemos, es decir, mientras una circunstancia cualquiera no nos pone en comunicación, nos miramos con desden, con recelo ó con indiferencia; mas desde el momento en que se cruzan las primeras palabras, ó se cambian los primeros saludos, todo es cordialidad, afecto, cortesía.

Basta que dos hombres se encuentren en el coche de un camino de hierro, en la berlina de una diligencia, alrededor de la mesa de un café, junto á la chimenea de un casino, ó que sean mutuamente presentados ya en este salon, ya en el otro, para que desde luégo puedan decir que se conocen.... ¿Se conocen?... Es posible; pero de todos modos saben cómo respectivamente se llaman y no necesitan más para estrecharse las manos.

Esta facilidad de trato nos proporciona algunas veces conocimientos que no dejan de ser instructivos. Yá se vé; en la loca contradanza que forman tantas manos que se tienden, se buscan y se estrechan, no es ciertamente difícil encontrar algunas de gentes perdidas que nos salen al paso en las encrucijadas del mundo. En toda sociedad hay seres que se pierden; pero digamoslo con orgullo, en ninguna se encuentran tan fácilmente como en la sociedad en que vivimos.

Ello es que en la superficie que presenta el conjunto de las relaciones humanas se respira esa agradable sociabilidad que acerca á los hombres y los une entre sí con los vínculos de un

afecto universal. La fórmula comun de que nos servimos para expresar el valor nominal de estas intimidades son los apretones de manos: y hé aquí al hombre moderno, dotado por la naturaleza de dos manos que apenas son suyas, porque todo el mundo tiene derecho á ellas.

Las mujeres, más comunicativas de suyo, van más allá; sus corazones, más tiernos, no pueden contenerse y se abandonan á demostraciones más espresivas; y quieras que no quieras, apenas se ven estallan en sus bocas las más dulces sonrisas y despues una á otra se comen á besos. No pára aquí la cosa, porque los ojos no han de permanecer ociosos en estas efusiones del alma, y una á otra se miran de arriba á abajo, mutuamente se escudriñan los pormenores de la *toilette* y recíprocamente admiradas prorrumpan á un mismo tiempo en las más espontáneas alabanzas:

—¡Ah...! ¡qué hermosa estás!...

—¿Y tú? ¡Oh! ¡eres inimitable!...

Parecen dos hermanas que se ven por primera vez ó que no se han visto en un siglo.

Ciertamente es consolador el espectáculo que ofrecemos; diriase que hemos llegado yá al grado

supremo, á la plenitud de fraternidad en la que los hombres sólo han de pensar en agradarse y en quererse.

Ved, si no, cómo vá desapareciendo aquella desconfianza suspicaz de los maridos, aquel recelo incivil de los padres, aquel espionaje insufrible de los hermanos, que habian hecho de la esposa, de la hija y de la hermana objetos sagrados de un honor intratable. Nuestra sociedad ha puesto en este punto piés en pared y poco á poco vamos entrando por el aro de las costumbres cultas. El marido, phs, se encoje de hombros; el padre, bah, mira las cosas con el aplomo del hombre que conoce el mundo y sabe que al fin y al cabo esa es la historia de la especie humana; el hermano.... ¡friolera! bastante tiene que hacer con sus asuntos propios para meterse en más dibujos.

El honor, de cualquier modo que se mire, se ha hecho más sociable, más transigente, ménos escrupuloso, lo diré de una vez, más culto. ¡Oh!... yá no es tan fácil deshonar á nadie. Hay en nuestro modo de ser civilizado y civilizador verdadera tolerancia y marcada benevolencia hácia las flaquezas, las debilidades, los vicios de nuestra

frágil naturaleza; más aún: hemos convertido el espectáculo de las miserias humanas en *comidilla* de nuestras conversaciones; la crónica, que aún llamamos escandalosa, en vez de escandalizar recrea, entretiene, regocija. Si murmuramos es por puro pasatiempo; la víctima nos encuentra siempre con la sonrisa en los labios. ¿Por qué no? Nuestras murmuraciones son apacibles, francas, hasta cariñosas; parece que celebramos el fausto suceso de las desdichas ajenas.

Así vamos insensiblemente entrando en el comunismo moral, que debe ser — lo diré en latín — el *desideratum*, el *non plus ultra*, el fin social á que caminamos.

Nada más risueño que esta sociedad que nos abre al mismo tiempo sus puertas y sus brazos para llevarnos en triunfo á una gloriosa degradación de sentimientos, y que dulcemente nos vá familiarizando con todas las debilidades, con todas las flaquezas, con todas las miserias; ¿por qué no confesarlo?... con todos los vicios.

Visto el aspecto exterior que nos presenta, al tender la mirada por su mansa superficie, bien podemos decir que vivimos en una balsa de aceite.

¡Qué conformidad de gustos! ¡qué amenidad de trato! ¡qué confabulación de instintos! ¡Con qué gracia nos guiñamos los ojos al vernos unos á otros! ¡Con qué efusión nos tendemos las manos al encontrarnos! ¡Cuán agradable sorpresa experimentamos siempre que nos vemos!

Hay aquí algo de la dichosa Arcadia, vivimos como en un idilio.

El fondo yá es otra cosa.

Es cierto que nos perdona fácilmente los extravíos; que no nos niega ni sus cien manos ni sus eternas sonrisas por más que cuente de nosotros las más insignes fechorías. Bien podemos dar variado asunto á sus conversaciones con nuestras locuras, con nuestras perfidias, con nuestras maldades, seguro de que no ha de retirarnos el favor de sus alhagos ni las dulzuras de su trato. Cuando acaba de hacer, al correr de la lengua, el bosquejo más acabado de nuestras imperfecciones, es precisamente cuando con más afectuosa confianza nos recibe, ni más ni ménos que si quisiera agradecerarnos el placer que acabamos de proporcionarle.

Pero, vamos, semejante bondad ha de tener

tambien sus límites, puesto que todas las cosas lo tienen en este mundo, y la sociedad no ha de tener la manga tan ancha que todo lo encuentre á pedir de boca. No es tan frívola que no vea alguna vez en nosotros algo digno de sus severidades.

Por ejemplo: la desgracia es una de las contingencias de la vida que más se le resisten. El dia de las tribulaciones no llameis á su puerta, porque no está en casa, salió muy de mañana y no volverá hasta que dejeis de ser desgraciados. No la busqueis con las lágrimas en los ojos y los sollozos en la garganta porque no la encontraréis. Ah, seríais demasiado crueles si pretendiérais afligirla con el espectáculo de vuestras penas. Ella es así, huye de todos los entierros y asiste á todos los bautizos.

¿Sois ricos?... Entónces todo os lo consiente; mas no dejeis de serlo porque ese es un caso que considera imperdonable. Robad un imperio y se inclinará en vuestra presencia; que os lo roben y os mirará por encima del hombro.

Despues de todo, es preciso ser razonables: no se ha hecho el luto para los festines, ni se

ha inventado el dolor para que sirva de adorno en las fiestas; la tristeza es naturalmente solitaria, y la sociedad es el conjunto de todas las compañías, es una coleccion de toda clase de ejemplares, es el género humano en comandita.

Estoy seguro de que no se ha hablado nunca de la *humanidad* como se habla ahora. Los últimos esfuerzos de los libre-pensadores la han elevado á la gerarquía de Dios; *el Dios Humanidad* si no es la gran creacion de nuestro siglo, es por lo ménos la gran palabra. Á la vez se pronuncia con énfasis filosófico esta frase casi augusta: la *dignidad del hombre*. Jamás la especie humana se ha visto más enaltecida. Mas yo aparto á un lado los libros de los filósofos y penetro en el laberinto de la sociedad, presto oido á las conversaciones y mi asombro no tiene límites, porque en ninguna parte oigo hablar bien de nadie y me encuentro con que jamás el hombre ha tenido peor idea del hombre. Jamás en boca de los hombres se ha visto la *humanidad* más despreciada.

Por otra parte, examino el mecanismo social dentro del que nos hallamos y no veo más que precauciones, recelos, desconfianzas; la adminis-

cion pública es una série interminable de ruedas que se engranan para vigilarse, para intervenirse, porque, digan los filósofos lo que quieran acerca de la *dignidad del hombre*, aquí no se fia nadie de nadie; la propiedad y la vida necesitan el auxilio constante, asídúo, de la fuerza armada, y sólo se atreven á dormir tranquilas entre el fusil del centinela, el revolver del municipal y la lanza del sereno. Diríase que nosotros, sociedad civilizada, vivimos en medio de un pueblo salvaje, y que el colmo de la civilizacion lo alcanzaremos el dia en que podamos dedicar una pareja de guardia civil á la vigilancia de cada ciudadano.

Debajo de la superficie que presentamos se esconde el fondo en que vivimos; el abismo aparece coronado de flores; llevamos el afecto en las manos y la sonrisa en los lábios; pero detrás de esta perspectiva consoladora palpita la más triste de las realidades: la envidia, que todo lo envenena; la codicia, que todo lo corrompe; la vanidad, que todo lo desprecia; el egoismo, que todo lo hiel; los vicios, que todo lo degradan.

En el momento del saludo, en el instante en que dos manos se acercan, se juntan y se estrechan,

los semblantes se iluminan con todas las dulzuras del agrado; mas hay que separarse, se vuelven la espalda y suele cambiar la expresion afectuosa de la fisonomía en indiferencia, en desprecio ó en burla. Yo pregunto: ¿Habita el hombre entre sus semejantes ó entre sus enemigos?...

Á esas relaciones superficiales, á esa comunicacion continúa y frívola, insustancial y amena al mismo tiempo, que se rompe con la misma facilidad que se teje, que nos toma sin reflexion y nos deja sin pena, á esa continuidad de apretones de manos, de saludos, de visitas, á esa concurrencia de conocimientos en que nos vemos envueltos y que nos quitan la soledad sin hacernos compañía, es á lo que llamamos trato, mundo, sociedad; ella es la córte perpetua de todas las grandezas humanas, la delicia del género humano, el centro de la vida del hombre.

Si buscamos algo que nos indemnice del sacrificio de nuestros sentimientos, de nuestra sinceridad y hasta de nuestra virtud, es preciso que le volvamos la espalda y encontraremos por único desquite el refugio de la familia.

El padre, la madre, la mujer, los hijos, los hermanos; hé ahí todas las figuras del cuadro. Es una sociedad cuya constitucion permanente no se fraguó jamás en ninguna asamblea. La autoridad no se ejerce en ella ni por aclamacion, ni por sufragio, ni por victoria, ni por convenio; no es un poder vencedor; ni se hereda, ni se compra, ni se impone, ni se contrata: potestad inamovible que se ejerce por la fuerza de una ley que no está escrita en ninguna parte.

¿Qué distancia hay entre la sociedad y la familia?... Ninguna. La familia multiplicada por diez, por ciento, por mil; hé ahí la sociedad. Equivaldria preguntar ¿qué distancia existe entre las partes que forman un todo y el todo formado por las partes?... Las familias son la sociedad misma. Esto es exacto.

Pues bien; yo me atrevo á decir que es una exactitud falsa, que entre la familia y la sociedad existe una inmensa distancia.

Ved al hombre que vuelve de la perpétua comedia de la sociedad á las realidades de la familia: llega cansado como el viajero que viene de lejanos países, como el proscrito que vuelve á

pisar la tierra de su páttria. Entra y respira, ni más ni ménos que si se desembarazára de un peso enorme. Ojos solícitos le salen al encuentro y espian en su semblante la más lijera señal de lo que apetece; manos cariñosas le quitan el sombrero, le acercan la silla, lo acarician; bocas risueñas pronuncian su nombre. Aquello es otro mundo, otras gentes; los séres que lo rodean no parecen séres humanos; todo lo que acaba de dejar es mentira y es verdad todo lo que allí encuentra.

El corazon escondido en el último rincon de la vida se dilata, se ensancha y se determina á abrir las puertas de sus sentimientos, y si puedo decirlo así, se apresura á asomarse á la ventana del rostro de la que parecia estar desterrado. El hombre sale de sí mismo, se busca, se halla y toma posesion de su sér. Hasta entónces no se ha pertenecido; se debia á la sociedad; ahora yá es suyo, se pertenece, se debe á la familia; acaba de rehabilitarse á sus propios ojos.

En medio de los hombres es egoista; en medio de sus padres, de sus hijos, de sus hermanos es generoso.

Allí lo veréis siempre astuto, prevenido; aquí lo encontraréis siempre confiado, indefenso.

En la sociedad es malo ó finje serlo, en la familia es bueno ó quiere parecerlo.

Allí se burla de las virtudes y aquí se indigna contra los vicios.

Cualquiera que sea la rectitud de sus principios morales, en la sociedad es tolerante, en la familia intransigente.

Parece que cambia de naturaleza. Observadlo bien en el laberinto de la sociedad en que vive y descubriréis en él un reo más, convicto y confeso; pero sorprendedlo en el hogar tranquilo de la familia y lo veréis transformado en juez; oh, en juez inexorable.

Es otro hombre.

¿Por qué?

Porque respira otra atmósfera, porque la familia se encuentra á gran distancia de la sociedad, porque al abandonar la escena en que ha hecho su papel, se despoja del disfraz y se ve, se reconoce y se siente.

Hijo ó padre, hermano ó esposo, reviven en su alma los dulces afectos de la vida, y su

corazon, fatigado de tanto engaño, de tantas mentiras, de tantas ficciones descansa á la vez en cada uno de los corazones que lo rodean.

Vuelve de la soledad á la compañía, del frio de la calle al calor de la casa, del tumulto de la sociedad al sosiego de la familia, y allí, en la intimidad del cariño, su propio corazon le dice que no está solo en el mundo.

Vuelve; muy bien: ¿y qué trae? Trae tristeza, desaliento, ese amargo pesar que destila gota á gota el trato continuo con los hombres.... Los desengaños, las ingratitudes, las perfidias. ¡Oh qué desencanto! Mas le sale al paso la alegría de un niño todo inocencia, la voz de una mujer toda dulzura, la palabra de un anciano toda experiencia: alegría que lo anima, voz que lo consuela, palabra que lo conforta: le hablan á la vez la vida que empieza, la vida que ama y la vida que acaba; el padre que lo bendice, la mujer que lo abraza, el hijo que lo besa.

Se adelantan á recibirlo, la esperanza que le dice: «Vive;» el amor que le dice: «Cree,» y la experiencia que le dice: «Espera.» Voz que sale de la cuna; voz que sale del alma; voz que sale del

sepulcro: la mañana que despunta, el día que resplandece, la tarde que cae.

Un nuevo horizonte se abre ante sus miradas. La sociedad: ¡qué desierto! ¡qué tristeza! La familia: ¡qué encanto! ¡qué alegría! y sobre todo ¡qué consuelo!

Vuelve enfermo y la dolencia extiende sobre su semblante la sombra de la muerte. No necesita decir «me muero,» porque los ojos que lo ven lo adivinan, y el dolor se pinta en todos los semblantes y las lágrimas se detienen en los ojos por no afligirlo. Su vida parece que es la vida de todos los que le cercan, y el cariño, que todo lo ve, que todo lo sabe y todo lo siente, es el bálsamo que templá los dolores de su cuerpo y las angustias de su alma.

Buscamos en la sociedad satisfacciones que sólo encontramos en la familia. El mundo nos olvida bien pronto, pero el padre no nos olvida nunca, y el hijo nos recuerda siempre. Aquella que ha sido verdaderamente la compañera de nuestro viaje por la tierra; la que ha partido con nosotros las alegrías y las tristezas, los temores y las esperanzas, jamás nos abandona; en su

memoria vive nuestro nombre y en sus palabras nuestro recuerdo. Se puede decir que nos acompaña hasta el sepulcro, y allí, sentándose en el solitario umbral de la muerte, espera el momento en que deba seguirnos.

Esta sombra que nos sobrevive, este luto que dejamos en pos de nuestro paso, no lo busqueis en la sociedad, porque sólo se encuentra en los rincones de la familia. Es un dolor que se esconde, un luto que se oculta, un recuerdo solitario que se postra silencioso ante el altar de la Justicia Divina, pidiendo el perdón de nuestros extravíos.

En la sociedad encontramos aplausos, lisonjas; en la familia, consejos, advertencias.

La sociedad nos empuja por todas las pendientes de la vida, y ¡cuántas veces la familia nos detiene al borde del abismo!

Ajustad bien la cuenta y veréis que á la sociedad le debemos muchos malos pensamientos, y á la familia algunas bellas acciones.

Decidme: ¿por qué las locuras que nos envanecen ante la sociedad nos avergüenzan ante la familia?... ¿No lo sabéis?... Porque la sociedad es

nuestro cómplice y la familia nuestro remordimiento.

Caeis.... y la sociedad se rie y la familia se aflije, porque en el dia de las tribulaciones la lisonja nos vuelve la espalda y el cariño nos tiende los brazos.

La sociedad, en fin, es el placer, la vanidad, la holganza y el lujo; la familia es la economía, la virtud, el órden y el trabajo.

En la sociedad la mujer no es más que el deleite, en la familia es el amor.

IV.

PAISAJE

Desde que el viajero, despues que cambiando de tren en Chinchilla deja á la izquierda, y casi en la linde misma del camino, primero á Tobarra, cuyos edificios se empinan unos sobre otros con mucha curiosidad, y luégo á Hellin, que tiende á la derecha de la via su frondosa huerta, comienza á ver señales de vegetacion que le anuncian de vez en cuando la proximidad del paisaje á que se acerca.

Las últimas llanuras de la Mancha se ven bruscamente interrumpidas por ásperos accidentes en que el terreno se levanta, formando cordilleras sucesivas que van á detenerse á la orilla misma del Mediterráneo.

De pronto silba la máquina y el tren se sepulta en el túnel de las Minas, que atraviesa la Sierra de los Almadenes. Aquí el viajero suele encontrarse sumergido en profundas tinieblas: porque no siempre la lamparilla colocada en la cubierta del coche resplandece durante este tránsito subterráneo, sin duda ninguna sopretexo de que no la han encendido. Mas el tren, indiferente á esas pequeñeces que corresponden á los encargados del servicio de la via, sigue adelante con el ciego ímpetu propio de su brutal arrogancia, y el túnel pasa, si me es permitido decirlo así, como un largo relámpago de oscuridad, durante el que transcurren dos minutos que llegan á parecer interminables.

Al otro lado del túnel nos espera la luz del día, la misma luz que dejamos al penetrar en las entrañas de la Sierra; mas desde este momento comienza á brillar con el tono esplendoroso con que el sol ilumina la ardiente atmósfera de los países meridionales, y la decoracion parece que empieza á reanimarse. La aridez desconsoladora que nos ha seguido á uno y otro lado, medio desaparece, dejando ver en las solitarias ondu-

laciones del terreno y en los bordes de las grietas, las primeras insinuaciones de una naturaleza empeñada en florecer. Algunos pinos indecisos se atreven á levantar acá y allá sus copas, seguros de que caerán bajo el hacha de los leñadores ántes que cuaje el fruto dos veces ocultos de sus nacientes piñas, y el Segura aparece rasgando sus escasas y perezosas aguas en las desigualdades de las arenas que forman el cáuce.

Este pequeño cuadro, casi triste y casi alegre, salvaje y solitario, se disipa bien pronto, quedando á la derecha del camino, mientras el tren se dirige en busca de la cuenca del rio, que más adelante se abre en extenso semicírculo, formando espacioso anfiteatro, en cuyo centro se dibuja la ciudad de Murcia.

Cieza viene á ser el pórtico del profundo panorama que empieza á traslucirse bajo las brumas del horizonte. Parece que, adelantándose sobre la curva del rio, espera al viajero, ofreciendo á la vista sus ricos olivares y sus pingües viñedos que producen aceitunas tan sabrosas como las de Sevilla y pasas tan suaves y tan dulces como las de Málaga.

Detrás de Cieza, y siguiendo el sesgo curso del Segura, se suceden los pueblos de la ribera; Archena, famosa por sus baños, Abaran, Blanca, Ojós, Ulea, que se disputan el privilegio de las frutas, tres veces agradables; agradables al olfato, al paladar y á la vista; frutas tres veces apetecibles, porque á un mismo tiempo adornan, embalsaman y refrigeran; frutas, en fin, de vivos matices, de frescos perfumes, de azucarados jugos.

La ciudad se distingue á lo léjos, dibujando el atrevido contorno de su altísima torre sobre el doble lienzo de la sierra azul que detrás de ella se levanta, y del cielo resplandeciente que la cubre. Aparece textualmente recostada sobre la magnífica alfombra de la vega, que, semejante á un lago, ondea de Levante á Poniente, recorriendo una extension de cuatro leguas, en que se disputan la tierra las semillas ansiosas de multiplicarse, los árboles cuajados de hojas y de frutos, y copiosa variedad de plantas, cuajadas á su vez de hojas, de frutos y de flores.

Pequeños y numerosos pueblos desparramados por la verde extension del paisaje, descubren

sus humildes campanarios al través de las copas de los árboles ó sobre el espeso follaje de las moreras en el que el gusano industrioso encuentra el hilo oculto con que teje su sepulcro de seda; blanquean por todas partes, como flotando en el inmenso oleaje de esta vegetacion suntuosa, las paredes de las casas y las tapias de los huertos; y por último, la frágil barraca, albergue característico de la huerta de Murcia, sostiene sus techos de *mantos* sobre paredes levantadas con piedras sin labrar y con barro sin cocer. El rio se desata en multiplicados canales, que naciendo unos de otros como las ramificaciones de las venas, llevan de continuo de un extremo á otro el secreto maravilloso de una fertilidad perpétua.

Sobre todo esto que se presenta á los ojos en tendida perspectiva, descuellan de vez en cuando palmeras solitarias, abriendo en el aire sus ramas verdes, encorvadas sobre el fruto que cuelga en dorados racimos, como si quisieran resguardarlo de los rayos ardientes del sol, cuyos resplandores iluminan el paisaje. Los montes vecinos se detienen á respetuosa distancia, y empinando sus rasgados peñones, sus crestas solitarias y sus

ásperas cordilleras, parecen suspensos en la contemplación de aquella naturaleza espléndida, que forma vigoroso contraste con la desnudez de sus cumbres inaccesibles, donde las tempestades del Verano fraguan el relámpago y el rayo, el trueno y el granizo; donde las nubes del Otoño preparan las lluvias pacíficas que hacen germinar las simientes escondidas en el seno de la tierra; donde el Invierno, que pasa fugitivo, tiende al sol la blancura inmaculada de ligeras nieves, y desde donde la Primavera envía á la campiña el aire de la montaña, perfumado por las primeras esencias de los tomillos, haciendo brotar nuevas generaciones de vástagos, de hojas, de frutos, de pájaros y de flores.

No se crea, sin embargo, que nos acercamos á las delicias del Paraíso donde hizo Adán su primera gracia, ni que tenemos delante las puertas hospitalarias de la ciudad de Jauja. Aquí la tierra, en diferentes dibujos bordada por la corva reja del arado, advierte que la riega de continuo y gota á gota el sudor del hombre; sólo al trabajo, al trabajo asiduo, tenaz, perseverante, descubre aquí la naturaleza el secreto de sus fastuosas

prodigalidades; y mientras la vegetacion pomposa, ufana, espléndida, parece que reclama para ella sola la embelesada admiracion del viajero, sorprendido por la rica perspectiva que á sus ojos se ofrece, el hombre, enflaquecido por la fatiga, medio desnudo, casi hambriento, curtida su piel por todos los rigores de la intemperie, se esconde silencioso bajo los revueltos vástagos de la torcida higuera que dá sombra á su humilde barraca.

Tal es el paisaje que los ojos del viajero descubren al penetrar en la gran cuenca que el Segura forma, rodeando la vega en anchuroso semicírculo, como si quisiera alargar el camino que lo empuja hácia el Mediterráneo; ni más ni ménos que si pretendiera detener el curso sosegado de sus aguas en el momento más esplendoroso de su paso por la tierra.

Pero una fuerza superior lo empuja, y lentamente sigue los caprichos del cáuce, en el que hace inútiles esfuerzos por detenerse.

V.

RASGOS GENERALES

Murcia es una ciudad de glorioso abolengo y de ilustre prosápia; pertenece por su alcurnia á la primera aristocrácia de las ciudades; como otras muchas, dió su nombre, en los tiempos de su juventud vigorosa, á todo un reino. Sufrió la dominacion sarracena, y los árabes dejaron allí, como en todo el mediodía de España, su carácter, sus costumbres, su fisonomía, su raza.

En esta ciudad, siete veces coronada, que extiende sus dominios entre Valencia y Andalucíá, se encuentra, como la perla en su concha, la mujer de ojos negros ó pardos que, rasgándose suavemente, descubren á la vez miradas curiosas, profundas y burlonas. Sobre su frente recta y

morena caeria el turbante de la odalisca con la misma gracia que caen sobre sus hombros las ondas delicadas y airosas de la mantilla española; sus lábios, á un mismo tiempo frescos y encendidos, marcan, apesar de su movible inquietud, los contornos vivamente acentuados de una boca más grande ó más pequeña, guarnecida de dientes menudos, finos, apretados y blancos como los del chacal; boca pronta á sonreir y pronta á morder; dos cejas intencionadas y altivas, ligeramente levantadas sobre las opuestas extremidades de los ojos dan á su semblante una expresion de triple sentido, que se traduce en estas tres palabras: inocencia, tenacidad y reflexion. Por supuesto, inocencia de mujer, tenacidad de mujer y reflexion de mujer; es decir, la inocencia de Eva despues que se dejó seducir por la serpiente; la tenacidad de la gota de agua que taladra la piedra; la reflexion inquieta del niño que busca la manera más pronta de llegar á la satisfaccion de sus impacientes deseos.

Yá sabemos que la nariz es el escollo de la hermosura; siendo la faccion que, al parecer, aspira más especialmente al dominio de la fiso-

nomía, es, por lo tanto, la más peligrosa; sus frecuentes irregularidades descomponen la armonía del rostro humano, y más rebelde que ninguna otra á las severas reglas de la belleza, lleva la incorreccion de sus líneas y la extravagancia de sus contornos á las más caprichosas monstruosidades; su espíritu, digamoslo así, independiente, se ajusta pocas veces á las leyes del Arte, presentando á la observacion de los artistas interminables y variadas colecciones de narices que aumentan la prodigiosa diversidad de aspectos que ofrece el semblante humano; porque nada varía tanto como la nariz; ella es la que dá á la fisonomía su rasgo más peculiar; parece el título de pertenencia irrefragable por medio del que el hombre se atestigua á sí mismo, determinando más particularmente su individualidad; es el testimonio personal, auténtico, que más pronto justifica la legítima posesion en que se encuentra de su propio sér; es la faccion que más lo distingue de sus semejantes, aquella detrás de la que puede exclamar, seguro de lo que dice: «Hé aquí mi cara.»

Dios ha impuesto á la fecundidad de la natu-

raleza un precepto que rige constantemente á la elaboracion de sus obras, y que viene á ser la ley estética á que está obligada á sujetarse. La variedad en la unidad, este es el mandato, y donde más se echa de ver, donde aparece más rigorosamente cumplido, es en la especie humana. Aquí parece que el Divino Artista ha querido levantar ante los ojos del hombre, y en el hombre mismo, un monumento perpétuo de la riqueza inagotable, infinita, de su ilimitada sabiduría. Un hombre es enteramente igual á otro hombre en el conjunto y en los pormenores, y á la vez son diversos entre sí en los pormenores y en el conjunto. Cada uno lleva en su rostro, en su voz, en sus movimientos un sello de originalidad que le es enteramente propio, que lo distingue de los demás, siendo imposible confundirlo: asombrosa unidad en las facciones, pasmosa variedad en los semblantes. Pues bien: la nariz es la que más particularmente posee el secreto de la diversidad. Es la faccion de forma más sencilla y de más múltiples formas.

Para desfigurar el semblante no basta taparse los ojos, ni cubrirse la frente, ni esconder la

barba ú ocultar la boca, mas una nariz sobrepuesta es un antifaz impenetrable.

La nariz típica de la mujer murciana no es ciertamente la nariz griega: arranca de la frente con cierta gallardía; pero como si se sintiera orgullosa de sus primeros pasos, se detiene y se esponja, descubriendo tímidamente dos ventanas que se dilatan con fiereza siempre que el caso lo requiere; más que una nariz griega es una nariz roma. No sostendré yo que esta nariz produzca buen efecto colocada en el rostro transparente de una inglesa ó en el perfil suavemente aguileño de una hebrea, pero es el caso que cae admirablemente en el semblante de la mujer en que Dios la ha puesto. Digamos, por lo tanto, que es una nariz hecha para aquella cara, porque entra perfectamente en la armonía del conjunto y no sería posible corregirla sin llevar la severidad del lápiz á todos los pormenores del rostro.

Con semejantes datos un pintor hábil podría bosquejar una cabeza de mujer más graciosa que bella, y cuidando de que la expresion y el colorido disimularan las incorrecciones del dibujo, podría obtener el retrato de la mujer que tenemos entre manos.

Es verdad que en las líneas que mi pluma deja trazadas no resulta ningun rasgo especial que dé singularidad al tipo de la mujer murciana, distinguiendola del resto de las mujeres al primer golpe de vista, mas debo advertir que su peculiaridad consiste en la mútua relacion de sus facciones. Áun así, convengo en que su belleza no pasa de la vulgaridad del tipo comun de las mujeres, sin sobresalir por ningun detalle, especialmente distintivo, que marque en ella el sello de originalidad que imprime en las fisonomías carácter propio.

Tenemos en rigor una mujer como otra cualquiera, que no ejerce de improviso el imperio de su atractivo, que no entra por los ojos con la triunfante arrogancia de la belleza avasalladora, sino que más bien se insinúa poco á poco; no se impone, pero atrae; no deslumbra, pero agrada; no arrebatata, pero cautiva.

Sin duda algun lector más curioso querrá completar el retrato con una circunstancia, llamemosla así, geométrica: querrá saber á cuántos palmos sobre la tierra se levanta la graciosa cabeza que acabo de bosquejar, como si la mayor

ó menor elevacion de los pensamientos dependiera de la altura de la persona.

No es España un país de gigantes. Por glorioso que sea el lugar que ocupemos en la História, debemos confesar que las grandes hazañas y las atrevidas empresas con que nos honramos las debemos más á la grandeza del alma que á la grandeza del cuerpo. Si el hombre se mide á palmos, es indudable que pertenecemos á la última talla. Concedamos á todos los pueblos de Europa esta satisfaccion, que sería injusto negarles, y dejemosles el cuidado de averiguar cómo, excediendonos tanto en altura, no han podido hasta hace medio siglo mirarnos por encima del hombro.

Pues bien: donde los hombres no son altos no hay razon ninguna para exigir que las mujeres lo sean. En Murcia la cara mitad del linaje humano, generalmente hablando, es baja, sin duda porque la Naturaleza, avara de sus perfecciones, ha dicho: «De lo bueno, poco»: y no la deja crecer todo lo que probablemente le convendria para el mayor lucimiento de sus encantos. Pero si no es alta, en cambio es esbelta y ca-

denciosa en sus movimientos; anda despacio, y esta lentitud presta cierta magestad á sus pasos, pasos que dá con el pié más pequeño y más gracioso que echa plantas sobre la tierra.

Tal es el exterior, la perspectiva, el conjunto que forma la superficie de este precioso puñado de barro en el que ha infundido Dios, como en los demás mortales, el soplo inmortal de su divina esencia.

VI.

EL CARÁCTER

Colocada la provincia de Murcia entre Valencia y Andalucía, el carácter de sus habitantes participa á la vez del espíritu reconcentrado y hasta sombrío de los valencianos y de la índole vivaracha, dicharachera y jacarandosa que distingue á los andaluces del resto de los españoles; y no obstante, en el acento no participa en nada ni del tono desapacible con que hablan las gentes del reino de Valencia, ni de la broma perpétua del *ceceo*, que tan expresiva hace la pronunciacion andaluza.

Puede asegurarse que en Murcia se habla la lengua castellana sin que el uso de dialecto alguno se mezcle alterandola ó corrompiendola, y si

nos atenemos á esa especie de geografía que establecen las lenguas, no hay inconveniente en decir que la provincia de Murcia corresponde á Castilla; pero hay en su Diccionario muchas voces de uso ordinario y corriente, que, fuera de los límites de su territorio, no tienen significacion ni sentido, construcciones en sus gramáticas enteramente originales y hasta se hace uso de un alfabeto particular que altera el valor eufónico de las letras y por consiguiente, la pronunciacion de las sílabas y de las palabras; es decir, que en la provincia de Murcia, especialmente entre el pueblo bajo de las ciudades y entre las gentes de las aldeas de la huerta y del campo, se habla un castellano *sui generis*, cuyos modismos, giros, voces y pronunciacion llegan tambien á ser en parte del uso comun de las personas más cultas.

La lengua murciana es gorda, no recorta las palabras con esa precision que observamos en Castilla, no se cuida de que suenen con exactitud todas las letras: no es armoniosa; la *ese* sale casi siempre borrada ó confundida, la *elle* no existe.

Resulta, pues, un lenguaje desabrido, sin

dulzura y sin energía, sin música, sin cadencia; pero la viveza del ingenio, los dichos prontos y agudos, las imágenes inesperadas, la novedad en las ocurrencias, disminuyen la monotonía que resulta de una pronunciación tan poco agradable en los hombres; porque, justo es decirlo, en las mujeres este defecto suele convertirse en gracia, dando á sus palabras cierta naturalidad infantil, cierta sencillez, cierto abandono que inspira confianza.

Esa manera de hablar blanda é indolente, descuidada, y, como vulgarmente se dice, á la buena de Dios, no deja de tener encanto en boca de las mujeres, sobre todo en algunas ocasiones, pues adquiere una expresión sumamente cariñosa y un candor no del todo libre de malicia.

Se han clasificado las lenguas más cultas de Europa del modo siguiente:

Se dice:

El inglés sirve para hablar con los pájaros.

El alemán para hablar con los caballos.

El francés para hablar con los hombres.

El italiano para hablar con las mujeres.

El español para hablar con Dios.

Yo añadido:

La lengua de la mujer murciana se ha hecho para hablar con los niños.

El diminutivo en *ico*, de que hace continuo uso, dá á sus palabras intimidad y cariño, y es más humilde, más familiar y más afectuoso que el remilgado *ito* que se usa en Castilla, y del que en Madrid se abusa.

Yá tenemos una idea de su persona; nos sería muy fácil distinguirla entre las diversas mujeres de las várias provincias de España por su manera de hablar, y algo será preciso añadir acerca de su carácter para completar el bosquejo.

¿Qué es lo que entendemos por carácter? En el sentido en que aquí usamos la palabra carácter no es en rigor más que la manera de ser de una persona independiente de sus cualidades ó de sus defectos: manera de ser que influye poderosamente en su vida, haciendola infeliz ó dichosa: es la superficie moral del individuo; es, si puedo decirlo así, la parte exterior de su alma.

El carácter está más en los actos que en los pensamientos, más en la forma que en el fondo. Es á su corazon y á su entendimiento lo que el

aire al cuerpo. La educacion y las costumbres lo modifican, pero no lo extinguen; y por eso se ha dicho: «Génio y figura, hasta la sepultura.»

Desde que Eva consiguió tan fácilmente la complicidad de Adan en el gravísimo asunto del fruto prohibido, quedó establecida la influencia de la mujer sobre el rey y señor de la tierra; por consiguiente, la primera tendencia que se observa en las mujeres de todos los países del mundo conocido, es la que se dirige, ya de un modo, ya de otro, á ejercer el imperio de su voluntad sobre los descendientes de aquel que por pura condescendencia nos trajo á las desdichas de este valle de lágrimas.

Imaginémonos ahora una mujer meridional, medio andaluza y medio valenciana, impresionable, tan pronto á la ira como á la ternura, apasionada, celosa, movible, que lleva toda el alma en los ojos, y al parecer el corazon en la mano, y no podrémos ménos de exclamar con tanta compasion como envidia: ¡Pobre hombre el que caiga bajo el dominio de esta bella criatura!

El carácter de la mujer murciana es ante todo dominante, con rasgos y genialidades que unas

veces hacen dulce el yugo que impone, y otras veces lo hace insoportable. Es al mismo tiempo un carácter dócil que se presta fácilmente al consejo, que cede á las observaciones juiciosas, sensible á la lisonja, y sobre todo á la dulzura y al cariño, pero rebelde al mandato. Es inconstante en los afectos superficiales; cambia con frecuencia la predileccion de su amistad, y las personas de su continuo trato pasan alternativamente por estrechas y calorosas intimidades y por repentinos enfriamientos; mas es tenaz, perseverante, invencible, en aquellos afectos que real y verdaderamente le llegan al alma.

Como la vehemencia es tan propia de su complexion excesivamente nerviosa, lleva siempre al extremo las impresiones que recibe; la exageracion es el elemento de su espíritu. ¿Se trata de una felicidad? Entónces la alegría la enloquece. ¿Se trata de una desgracia? Entónces su dolor no tiene límites. Si ama, ama con todo su corazon: si aborrece, aborrece con toda su alma. La violencia de sus sentimientos, como las tempestades del cielo bajo cuyo esplendoroso azul ha nacido, es terrible, pero es pasajera. La figura

dominante en su retórica es la hipérbole; enojada, sus frases son acerbas: no habla, muerde; las expresiones de su cariño descubren bajo una forma arrebatada é irreflexiva los más tiernos y los más delicados conceptos.

Ya por ligeros motivos de resentimiento, ya por meras sospechas de supuestos agravios, ya por pura inconstancia, suele hoy casi negar el saludo á la misma persona que ayer era objeto de sus particulares predilecciones; porque su imaginacion meridional es propensa á las cavilosas, cree más fácilmente lo que le mortifica que lo que le halaga; se deja llevar irreflexivamente por las impresiones que recibe en el momento mismo de recibirlas, y parece desconfiada, susceptible.... ¡Vamos! Lo diré con franqueza, *quisquillosa*.

En la intimidad de la familia y en el seno de la confianza, es habladora, alegre, comunicativa, espontánea, bulliciosa; mas en el trato exterior, en las comunicaciones superficiales de la vida, es reservada, seria, silenciosa, arisca y burlona.

Cuando llora, llora con toda la fuerza de sus

lágrimas, cuando canta, canta con toda la fuerza de sus pulmones, y se rie, como los niños, con toda su alma.

Sean los que quieran los defectos que el lector encuentre en el carácter cuyos rasgos dominantes dejo apuntados, sobresale en él una cualidad muy importante: le es muy difícil ocultar, bajo las apariencias del semblante, las íntimas situaciones de su ánimo. Si la reserva pudorosa que su sexo la impone, triunfa algunas veces de sus miradas, de sus sonrisas y de sus palabras, si puede dominar las vivas inclinaciones de su cariño, rara vez consigue esconder ó disimular los impulsos de sus rencores ó las frialdades de su indiferencia. No posee la traidora facultad de fingir afectos que no siente; y si lo intenta es preciso ser muy nécio para no conocerlo. Hay cierta hidalguía en la índole de este carácter, hasta cierto punto inculto, que le prohíbe hacer traicion á sus sentimientos; en una palabra, no sabe fingir; quiere, pero no puede.

VII.

DOS EN UNA

La vida moderna, que ha sacado á los hombres, como vulgarmente se dice, de sus casillas, no se perfeccionará hasta que consiga sacar completamente á las mujeres de sus casas; y hé aquí una mujer, como veremos más adelante, que se resiste heroicamente á entrar de lleno en la gran circulacion, cuyo movimiento vertiginoso lleva á la sociedad presente á inevitables abismos.

Dividese el tipo de la mujer murciana en dos especies: la mujer de la ciudad y la mujer de la huerta; la señora y la plebeya; la que se viste, adorna y engalana con arreglo más ó ménos estricto á las novedades del último figurin, y la que persiste con tenaz empeño en el traje pintoresco,

tradicional que desde muy antiguo usaron sus ascendientes.

En esta poblacion, esencialmente agrícola, de escaso comercio y pobre industria, donde la naturaleza, enriquecida por el trabajo del hombre, lleva hasta las mismas puertas de la ciudad el presente de sus fecundos dónes, parece que hay dos razas: una que pertenece á Europa; otra que pertenece á África. Imaginémonos á París plantado en medio del imperio de Marruecos, y tendríamos una idea en grande del vivo contraste que ofrecen el aspecto y las costumbres de una y otra especie.

La civilizacion ó mejor dicho la vida moderna, ha ido poco á poco introduciendo sus adelantos en el recinto de la ciudad; en ella se piensa, se habla y se vive á la moderna, mientras que en la huerta y en el campo que se extiende alrededor de la poblacion en el espacio de muchas leguas, no se advierte ni el más ligero vestigio de innovacion, ni en el lenguaje, ni en las ideas, ni en el vestido, ni en las costumbres. Todo lo que la ciudad recibe de Madrid, de París, de Lóndres, con los brazos abiertos, la gente de la huerta y de los

campos lo ve pasar con los brazos cruzados. Parece que, petrificada en medio de una naturaleza llena de vida, mira sin asombro, sin curiosidad y sin interés, los vários accidentes que á sus ojos presenta la vida animada de la gente que en la ciudad se alberga.

Son dos sociedades distintas, dos pueblos diversos; uno movable, alegre, cambiando de continuo las formas de todas las cosas con arreglo á las últimas *novedades*; otro inmóvil, sério, casi triste, inalterable: el primero es un pueblo culto, el segundo un pueblo cultivador: el pueblo propietario y el pueblo colono; el que dá la tierra y la simiente y el que pone el sudor de su rostro; el que se levanta sobre sus propiedades y el que se encorva sobre el surco abierto por sus manos; en una palabra, el pueblo que debe tener más caridad y el pueblo que debe tener más paciencia.

La ambicion que más atosiga al hombre de nuestro siglo es la que lo impulsa hácia la posesion de las riquezas; ser más ó ménos millonario, segun el caso, el lugar y las circunstancias, es el deseo vivo y continuo del hombre de la gene-

racion presente; mas cada uno, segun sus gustos ó sus cálculos, se representa el objeto de su ambicion, ya de una mánera, ya de otra, en los diferentes aspectos que la riqueza ofrece. Unos, más positivos ó más aváros, desean el dinero en dinero; otros lo encuentran más cómodo en papel; algunos, más emprendedores y activos, lo ven mejor reproducirse y crecer en el movimiento productor de las fábricas ó en las agitaciones de los negocios mercantiles; muchos lo encuentran más seguro, y quizás más aristocrático, en fincas rústicas y urbanas. En Murcia el *bello ideal* de la fortuna consiste en *tahullas*. El que no tiene tahullas, esto es, el que no posee una extension de terreno mayor ó menor en la huerta, casi no tiene nada. Se rinde á la riqueza, bajo cualquier forma que se presente, el debido homenaje, se respeta el talento, se considera á la virtud, se le hace tambien á la ciencia su correspondiente agasajo, pero en tratándose de *tahullas* no hay más remedio que bajar la cabeza.

Usted podrá tener cien millones de reales, un talento superior, gran virtud y mucha ciencia; será usted en tal caso un sér extraordinario, por la

reunion de tan difíciles circunstancias; mas usted no sabe cómo brillarian en Murcia sus millones, su talento, su virtud y su ciencia, si consiguiera realzar el mérito de tantas ventajas con la adquisición de algunas tahullas en la huerta.

Tener tahullas viene á ser como tenerlo todo. Y en verdad que la riqueza de este modo obtenida ofrece á los ojos del satisfecho propietario, el risueño aspecto de una fertilidad permanente.

La influencia, pues, de una persona, y la importancia de una familia, están en razon del número de tahullas con que su nombre figura en el empadronamiento de la riqueza territorial. Es muy justo: el hombre tiene obligacion de amar el rincón de la tierra en que ha nacido, y el pedazo de cielo bajo el cual han visto sus ojos por primera vez la luz del día. ¿Qué hemos de hacer aquí donde la tierra es tan agradecida y el cielo tan cariñoso? Claro está: tener *tahullas*.... el que las tenga.

Ahora bien: la mujer murciana á quien sonrie la lisonjera perspectiva de una herencia toda en tahullas en lo más granado de la huerta, posee incontestablemente un encanto, al que no podrán ser insensibles los corazones más rebeldes á la

ternura. Esta circunstancia le hará ocupar en la sociedad un puesto distinguido, y desde los primeros años de su juventud rondarán su calle muchos enamorados pretendientes. ¡Yá se ve! Viste con rigurosa sujecion al rigor de la moda; frecuenta el teatro, donde tiene su correspondiente platea y sus indispensables gemelos; concurre á la tertulia, ya de una amiga, ya de otra; no es una profesora, mas sabe conducir los dedos sobre las teclas del piano y los ojos sobre las notas del pentágrama; canta, no con gusto muy exquisito, pero al fin canta, y hace por consiguiente, su papel en las reuniones del casino ó en las sesiones magnas del Liceo. En una palabra, brilla. Quizá las amigas la encuentran algo engreida, no tan elegante como ella misma presume, y además no tan encantadora como dicen sus admiradores. Sin duda alguna éstas son murmuraciones de la envidia; y en todo caso, la culpa no es de ella, sino de los que la adulan.

Tal es, poco más ó ménos, la mujer que por su fausto, su fortuna, su belleza y sus talentos, brilla en lo que podemos llamar el gran mundo de la ciudad de Murcia. Pero eso es la parte fri-

vola, el lado por el cual deslumbra á los que pretenden á un mismo tiempo su amor, su mano y sus tahullas.

El fondo de la educacion de esta bella señorita de provincia es, sin embargo, mucho más sólido que el de esas educaciones con que la civilizacion moderna lisonjea la vanidad de las mujeres en las grandes capitales, para sacarlas de las condiciones propias de su sexo. Todavía la mujer murciana se educa en el hogar doméstico, al calor de la familia, bajo la direccion tierna de la madre, que es su primer ejemplo y su primera maestra. La madre es la que le ha enseñado á modular las primeras oraciones; en su regazo ha aprendido á pronunciar el nombre de Dios. Palabra por palabra ha ido grabando en su tierno corazon aquellos principios divinos y aquellas máximas santas con que la fé llena de luz nuestros entendimientos y de paz nuestra alma.

La piedad forma la base de sus costumbres. Apenas sabe leer, y yá conoce la historia augusta de la Redencion del hombre. El dia de su primera Comunión es un dia solemne en la casa, un dia de fiesta en la familia, cuyo recuerdo se graba

en la memoria de la niña como una fecha inolvidable. Desde ese día frecuenta los Sacramentos y pasa de la pureza de la inocencia á los brazos de la virtud.

Es, pues, una mujer cristiana de fé viva y corazón fervoroso, en cuya alma ardiente no puede penetrar el hielo de la incredulidad, que está matando el espíritu del hombre de nuestros tiempos.

Si le dan á elegir tres casas, una que esté cerca del teatro, otra cerca de un paseo y otra cerca de una iglesia, mucho me equivoco si no elige la última, porque necesita la vecindad del templo, al que asiste con devota frecuencia.

Ocurre en que desaparece del mundo en que brilla, no se la vé en el teatro, no se la encuentra en paseo. Entónces es que se halla cumpliendo la promesa hecha á Dios porque la libre de alguna desgracia ó le conceda algún beneficio. Cuando la salud de las personas que le son queridas padece gravemente, no hay santo en el cielo cuya intercesion no interponga, ni oferta que no haga, y ¡ríanse ustedes, sábios del mundo! cuando la ciencia ha dicho su última palabra, cuando el

médico ha agotado todos los recursos de su sabiduría y ha declarado que el enfermo no tiene remedio, esta mujer sencilla, llena de fé, redobla el fervor de sus súplicas, aumenta el rigor de sus promesas, y espera todavía una salud milagrosa que está fuera del alcance humano; y hé aquí que más de una vez, el enfermo moribundo sale de las puertas mismas de la agonía y recobra la vida.

En presencia de semejantes hechos, de los que he sido una vez testigo, el médico se encoje de hombros, busca una explicacion que la ciencia no le suministra, y exclama:

—¡Oh!... Esta es una crisis.

Y ella dice:

—¡Ah!... Esto es un milagro.

—La naturaleza —añade el médico— es algunas veces impenetrable.

—¡No! ¡no!—replica ella.—Dios es siempre misericordioso.

Tal es el fondo de la educacion que recibe la mujer murciana; sobre esta base firmísima de Fé, de Esperanza y de Caridad, se forma su corazon y su entendimiento.

VIII.

LA REJA

Las mujeres de Madrid aman la calle; casi se puede decir que viven en medio del arroyo; todo les sirve de pretexto para salir. La mujer murciana, por el contrario, ama la casa; casi se puede decir que vive recluida en el hogar doméstico; siempre encuentra alguna excusa para no salir de casa. Así es que los días de trabajo la ciudad parece desierta, si se atiende á la soledad de las calles, porque los hombres desocupados pasan la vida en los cafés ó en los casinos, por lo comun, jugando lo que no tienen ó charlando de lo que no entienden, y las mujeres, detrás de las cortinas de los balcones en el verano y detrás de los cristales en el invierno, hacen labor muy tranquila-

mente, mientras observan por puro pasatiempo al solitario transeunte que cruza la calle, fiscalizando de paso, con más ó ménos curiosidad, quién entra ó quién sale en la casa del vecino.

La mujer de Murcia es casera, sumamente casera; los quehaceres domésticos la ocupan casi todo el dia, sin que por eso deje de vérsela muchas veces detrás de los cristales del balcon ó bajo las cortinas de la ventana. No es ciertamente ameno el espectáculo que la calle silenciosa, estrecha y desierta le ofrece, pero ¿ha de vivir sepultada en el último rincón de la casa?... Además, nunca faltan vecinas amigas con quien sostener de balcon á balcon sabrosas conversaciones, sobre todo despues de comer en el invierno y á la caída de la tarde en el verano, la hora del sol y la hora del fresco. Esta comunicacion familiar y casi continúa no interrumpe de ningun modo el orden riguroso y extricto de las visitas personales, que constituyen, digamoslo así, el trato oficial, sin cuyo requisito las relaciones de las familias no tienen el grado de formalidad necesario, indispensable, para establecer la debida correspondencia.

Estas visitas serias, de toma y daca, son

deudas sagradas que hay que pagar en plazos improrogables y que llevan aparejada para los casos de insolvencia la ejecucion de un justo resentimiento. Se puede deber dinero, siempre que el deudor demuestre que no tiene con qué pagarlo; pero ¡ah! deber visitas es una trampa imperdonable en el trato corriente de la gente fina. El buen tono exige esta formalidad, que podrá parecer impertinente á los que no estén acostumbrados á ella, pero á la que deberán resignarse sin rechistar los que no quieran sufrir el encantador enojo de alguna hermosa criatura, caprichosamente enamorada de las visitas de cumplimiento. La más íntima confianza, la amistad más estrecha, no impide estas solemnidades de la etiqueta.

Miéntras la señorita de la casa hace labor detrás de los cristales ó debajo de la cortina, no falta algun ocioso enamorado, más ó ménos admisible, que pasea la calle y pasa la mañana y la tarde haciendo esquinas con tan paciente tenacidad que enamoraria hasta á las baldosas de las aceras, si el amor pudiera engendrarse en las duras entrañas de la piedra. En honor de la

verdad, este galán, de día y de noche, no consigue más que alguna mirada medio tierna, medio desdeñosa, medio dulce y medio amarga, que tiene algo de esperanza y algo de desengaño; pero prosigue impertérrito, empeñado en ablandar con la cataplasma de su continua presencia la dureza de aquel corazón hasta cierto punto insensible.

El amor es una viva necesidad de los grandes corazones, pero *hacer el amor* es el oficio de los hombres desocupados. En los pueblos donde la actividad de la vida no mata á nadie, donde la dulzura del clima arrastra á la holganza y quita toda afición á las ocupaciones serias y útiles, donde basta la posesión de cuatro terruños que el colono labra, el cielo riega y el sol fecunda, para que muchos se consideren dispensados de todo trabajo y de todo estudio, se encuentran jóvenes sin oficio ni beneficio, sin profesión y sin carrera, que hacen el amor por hacer algo.

En Madrid el vago es el sér más activo de la tierra, porque los placeres ó los vicios devoran su vida; pero donde los adelantos de la civilización no han llevado todavía los multiplicados incen-

tivos de las grandes disipaciones, el vago es un sér que consume su vida detrás de la mesa de un café, en el rincon de un billar ó sobre la banqueta de un casino, bostezando de puro fastidio. Si no hace el amor, ¿qué hace? Hé aquí, con ligeras diferencias, el Don Juan Tenorio que tenemos en la esquina de la calle.

Los vecinos han observado la presencia continua de esta sombra que va y viene, y han convenido en que la señorita de la casa no tiene novio; ella misma, que no es la última en observar lo que sucede, llega tambien á persuadirse de ello; y ¡vamos! allá en el fondo de su corazon se siente satisfecha de ser objeto de una pasion á prueba, por lo ménos, de todas las intemperies.

Una noche, cuando la ciudad se encuentra sumergida en las deliciosas profundidades del primer sueño, suena en la calle el acento armonioso de una flauta, á la que sirve de acompañamiento el hábil punteado de una sonora guitarra. Es que el amor apela á la música, y la flauta intérprete de aquel corazon enamorado, interrumpe el silencio de la noche, llenando el aire de dulces suspiros, y miétras, semejante á un

ruiseñor, canta oculta bajo la sombra de la esquina, la guitarra se queja, dejando escapar los acordes ayes de sus bordones.

Si la desdeñosa Leonor á quien va dirigida esta especie de trova no ha podido conciliar el sueño todavía, desvelada por esas primeras cavilaciones que suelen agitar la imaginacion de las mujeres cuando les sonrie la aurora de la juventud, oye las notas de la flauta y los acordes de la guitarra, que suenan en sus oídos con particular melodía, y presume que ella es el objeto de tan tierna serenata.

Sin embargo, pudiera ser otra, porque no es ella la única mujer que en aquella calle merece los honores de tan delicado obsequio, y siente la comezon de la duda. Bien mirado, no le inspira gran interés el rendido Manrique, cuyo amor exhalan á la vez en doble armonía la flauta y la guitarra; y en honor de la verdad, sabiendo con certidumbre que es á ella á quien se dirigen los melodiosos trinos de aquella pasión callejera, sería muy capaz de dar media vuelta sobre la cama, colocar bien la cabeza sobre las almohadas, bostezar suavemente y quedarse dormida á los

compases de la música. Mas ¿y si es otra? Y en tal caso, ¿á quién será? ¿Á la vecina de enfrente, á la vecina de la derecha ó á la vecina de la izquierda? ¿Á Concha, á Felipa ó á Fuensanta? Y áun averiguado este primer punto, todavía queda una duda que resolver. ¿Quién será el trovador? Porque.... vamos á cuentas: cada una de ellas tiene más de uno á quien atribuirle la ocurrencia musical de este verdadero nocturno. Además, una flauta y una guitarra que suenan á la vez, suponen uno que sopla y otro que rasca, de modo que hay por lo ménos en la calle dos trovadores; pueden, por consiguiente, ser dos la vecinas interesadas en el asunto.

Después de perderse en inútiles conjeturas, no saca nada en limpio.

La curiosidad ha sido siempre malísima consejera; y tengo para mí, que el mundo andará perdido mientras el género humano no se convenza de que la verdadera sabiduría consiste en saber ignorar. La curiosidad, pues, impaciente de suyo, le sugiere la idea de echar cautelosamente una ojeada por la calle.

Dicho y hecho. Salta de la cama, se abriga con lo primero que encuentra á la mano, y an-

dando á tientas, sale de su dormitorio á la pieza inmediata. Allí hay un balcon, al cual se acerca con todas las precauciones necesarias para no hacer ruido: ni ella misma se siente. Busca con la mano el picaporte que sujeta el postigo, lo encuentra, lo levanta y abre. Al través del cristal distingue los reflejos moribundos de los faroles que de trecho en trecho alumbran la calle, y ve dos sombras que delante del balcon hacen sonar la fláuta y la guitarra; además percibe otras dos sombras que se pasean lentamente por delante de los músicos, parándose de vez en cuando, como si se halláran embebidos en una conversacion interesante. No distingue más que los bultos, lo cual no es bastante para salir de dudas; y una vez puesta en el camino de la averiguacion, no es cosa de volverse á la cama sin haber satisfecho una curiosidad tan inocente, tanto más cuanto que se le ocurre un medio seguro de conseguirlo; no sólo puede verlos de cerca, sino que tambien puede oír lo que hablan, lo cual es miel sobre hojuelas.

Pocas mujeres, lo mismo de quince que de treinta años, se resistirán á la tentacion de sorprender la conversacion íntima de dos hombres,

con tal que no sean muy viejos. Si la conversacion es á las altas horas de la noche, al amparo de una esquina y á la luz incierta de un farol moribundo, el deseo de escuchar será más fuerte; y si cualquiera de los dos interlocutores es un amante en perspectiva, entónces la tentacion es invencible.

En este punto, la mujer murciana es enteramente igual á las demás mujeres que pueblan la tierra.

El medio que se le ha ocurrido es, en efecto, bien sencillo: consiste en cerrar sigilosamente el postigo del balcon que tiene abierto, deslizarse hasta la puerta de la habitacion en que se halla, salir á un corredor que se encuentra al paso y que conduce á la escalera. Una vez abajo; no hay más que coser y cantar; esto es, abrir con mucho tiento la puerta que se halla á la derecha ó á la izquierda, que para el caso es lo mismo, y entrar en el cuarto bajo, que sirve de despacho al padre... al descuidado padre, que á la sazón duerme á pierna suelta, tal vez soñando que se encuentra en los primeros años de su juventud, que ronda la calle y espera al pié de la ventana á las altas horas de la noche, la deseada aparicion de la que ahora es la madre de su hija. ¡Este es el mundo!

El despacho tiene una reja que da á la calle, y las maderas están cerradas; y los pasadores, no acostumbrados á descorrerse misteriosamente, pueden rechinar; pero ¡bah! hasta los pasadores son discretos cuando los descorre la cáuta mano de una mujer curiosa; así es que las maderas se abren como las hojas de un libro, y la señorita de la casa, sin ser vista ni oída, puede ver y oír lo que pasa en la calle.

En el momento que va á lanzar la mirada impaciente al través de las espesas mallas de la *celosía*, siente un ligero estremecimiento, una especie de escalofrío repentino; se aterra de lo que va á sucederle; pero no tiene tiempo para huir, y sin poder contenerse prorrumpe en un estornudo estrepitoso. Entónces se retira apresuradamente de la reja, busca la puerta, sube la escalera y se sepulta en la cama, tapándose hasta la cabeza.

No ha podido averiguar nada de lo que deseaba inquirir; pero yá sabe con qué facilidad se pasa de la cama á la reja, durante la oscuridad y el silencio de la noche.

Á la vez, el estornudo ha resonado en el alma del enamorado Manrique como un anuncio favo-

rable, y la flauta y la guitarra enmudecen para que hable la pluma. No es un modelo de retórica, ni de ternura, ni de ortografía; pero al fin es una carta que llega á su destino con ménos trabajo y más seguridad que hoy por hoy ofrece el servicio de Correos á la correspondencia pública. Y hé aquí que la curiosa señorita, sorprendida por esta epístola, no de San Pablo, ignorando qué hacer con ella, la coje y la oculta en su seno. ¿Dónde leerla tranquilamente?... ¿Dónde?... ¡Bah! Nunca falta un rincón oculto en la casa, á cubierto de toda sorpresa.

De esta manera ó de otra, pues los pormenores son indiferentes, llegan á entenderse estos dos corazones, y la reja se abre todas las noches silenciosamente, y empieza esa série de diálogos, ó más bien ese diálogo interrumpido que los amantes entablan y reanudan siempre que la ocasion se presenta favorable, hasta que riñen para siempre ó se unen por toda su vida.

De cualquiermodo que estas relaciones lleguen á establecerse, siempre el lugar preferido de las citas es la reja.

IX.

SU INFLUENCIA

No dejan de tener sus inconvenientes las conferencias amorosas al través de una reja durante la oscuridad y el silencio de la noche. Tanto es así, que no todas se permiten el uso de este género de comunicaciones; mas si no es una reja el lugar de la cita, es un balcon, ménos cómodo sin duda alguna, pero mucho más prudente. Si no es á las altas horas de la noche el momento feliz de la entrevista, es al oscurecer, por la mañana ó por la tarde. Y digo momento, porque aún cuando estas conferencias sean interminables, yá sabemos que toda dicha es breve y que para los amantes felices, y aún desgraciados, las horas son instantes.

Por el balcon ó por la ventana, de dia ó de noche, á salto de mata para huir de la vigilancia de la familia, ó *competentemente autorizada*, como *La Correspondencia*, la mujer murciana dispone de este recurso, confiada en la costumbre y defendida por su propia inocencia.

Cualquiera que sea la legalidad, digamoslo así, de estas relaciones que el amor teje, nunca pueden ser un secreto; y si alguna vez las ignoran las familias, siempre las saben las vecinas: es el secreto á voces.

Si el pretendiente es aceptable, despues del balcon ó de la reja se abre la puerta de la casa, y aquel cariño, que puede ser muy profundo y puede ser muy superficial, pasa de la humilde categoría de amor callejero á la alta posicion de amor oficial. Entónces el novio contrae la obligacion de hacer una visita diaria de dos horas por lo ménos todas las noches, sin perjuicio de acudir al pié del balcon ó de la reja, bien por la mañana ó bien por la tarde, á proseguir el diálogo consabido.

Por regla general, desde que la mujer murciana se decide á dejarse querer, hace de su amor una especie de tiranía, de la cual es muy difícil

emanciparse, en la que es muy fácil caer, y cuyo imperio no se advierte hasta que no tiene remedio.

El novio característico viene á ser una especie de sombra que á mayor ó menor distancia, detrás ó delante, á la derecha ó la izquierda, sigue siempre el movimiento de la mujer que ha sabido cautivar su corazón, deslumbrar sus ojos ó tentar su codicia. Donde está *ella* está *él*: ámbos oyen la misma Misa los días de fiesta, y hacen las mismas Novenas los días de trabajo: si ella va á la iglesia, él va á la iglesia; si ella va á paseo, él va á paseo; si ella va al teatro, él va al teatro; como si desde luego se halláran unidos por el estrecho nudo de un vínculo indisoluble, en todas partes se les ve, ni más ni ménos que si fueran inseparables.

Si se me permite una comparacion algo grotesca, pero sumamente exacta, diré que ella es la soga y él el caldero: ser novio equivale á constituirse en mariposa que se obliga voluntariamente á volar alrededor de la misma lámpara.

Sin duda ninguna, él le habrá dicho muchas veces: «Yo soy tu esclavo», y ella lo ha tomado al pié de la letra. Es verdad que por lo comun impone el yugo de su imperio á cambio de concesio-

nes verdaderamente generosas, porque desde el momento en que se formaliza en su corazón el sentimiento que la inclina hácia el hombre que pretende su cariño, renuncia, casi puede decirse así, al mundo; yá no se esmera tanto en los pormenores de su *toilette*, se hace más reservada y más séria, no busca las lisonjas con el afán que las buscaba ántes, muestra más afición á los quehaceres domésticos, huye de las grandes concurrencias y de los grandes espectáculos; y como si hubiera encontrado la sombra apacible en que reposar de las fatigas del viaje, se aparta á un lado del camino y deja pasar con indiferencia el tumulto del mundo. Si asiste á algun baile, no baila, y sobre todo no valsa; si es preciso disfrazarse alguna vez en las noches de Carnaval, su disfraz es sencillo, toma poca parte en las bromas que en su alrededor se cruzan, y no tiene interés ninguno en ser ó no ser conocida.

Con semejante proceder adquieren naturalmente el derecho de exigir la misma conducta, y raro es el hombre que no se somete á la ley de tan justa correspondencia. Así hacen ámbos el aprendizaje del matrimonio, y puede decirse que se casan án-

tes de casarse: ella aprende á sujetarle, y él á someterse.

Bajo estos auspicios se hace la boda á gusto de todos, ó á gusto de ellos solos, y casi siempre llevando ella la influencia definitiva en la casa y en la familia. Desde este momento el amor, santificado por el sacramento del Matrimonio, toma en su corazon un aspecto más sério, pierde la novelería de los primeros deseos, y adquiere la gravedad de las sagradas obligaciones; desciende de las nubes de las vanas ilusiones, y cae por su propio peso en la realidad de la vida. Las esperanzas que lo animan y las inquietudes que lo mortifican son bien distintas.

En esta época de grosero descreimiento son, por desgracia, pocos los jóvenes que se libran del contagio de impiedad con que odiosas libertades han envenenado la enseñanza y las costumbres públicas; pero he aquí que la mujer murciana, piadosamente educada por su madre en los principios santos y eternos de la religion verdadera, detiene en toda esta parte de España los estragos que la enseñanza impia y los libros impios y los periódicos impios hacen en la inteligencia

frágil de la juventud que frecuenta las universidades ó que se pasa la vida en los casinos.

Hay una edad en que el hombre se emancipa de la saludable influencia de la madre, y entónces se halla muy expuesto á caer en el grave peligro de un maestro que extravie su entendimiento, de algunos amigos que perviertan sus costumbres, de muchos libros que corrompan su corazon. Esto sucede en Murcia, como desgraciadamente sucede en todas partes. Mas aquí, como he dicho ántes, la mujer no ha entrado en el movimiento vertiginoso de la civilizacion moderna, y parece destinada por la Providencia á destruir con su fé práctica y su ejemplo piadoso todas las teorías con que la impiedad haya podido oscurecer la inteligencia del hombre á quien se une para siempre.

Son muy pocos los entendimientos pervertidos que se resisten á la eficacia de esta segunda educacion, que lo cerca, lo estrecha y al fin lo conquista.

No es posible sustraerse á la influencia cariñosa de esta mujer que oye Misa todos los dias de precepto, que confiesa con frecuencia, que os hace ayunar los dias de ayuno, en cuya mesa no

hay jamás platos de carne los días de vigilia, que reza todas las noches al acostarse, que bendice á Dios todas las mañanas al despertarse. Durante la Semana Santa hay que asistir á los Oficios Divinos, el Día de Difuntos es preciso oír Misas y orar por el descanso de los parientes, de los amigos, de cuantos nos han precedido en el curso de la vida.

¿Quién no tiene en el cementerio del pueblo en que vive, una sepultura que guarde el triste secreto de algun tierno recuerdo? Pues bien, esa sepultura os reclama, en el día que la Iglesia consagra á orar por los difuntos, el homenaje de vuestra piedad. Dos velas por lo ménos es preciso que ardan durante el día sobre aquella sepultura. ¿Quién se resiste á pagar este santo y fúnebre tributo?

Probablemente tú, hombre despreocupado, *espíritu fuerte*, no te acordarías de semejante cosa; pero tu mujer tiene en este punto una memoria mucho más feliz que la tuya; y ¿cómo oponerse á que reze en este día por el alma de su padre ó por el alma del tuyo, ó por ámbas á un mismo tiempo? Y el caso es que ella, dispuesta

siempre á hacerte partícipe de sus alegrías, quiere que tú tambien tomes parte en esta ofrenda de la piedad y del cariño; y no hay remedio es preciso tomarla.

¿Tienes hijos? ¡Bah! Entónces, eres hombre perdido; es decir, eres hombre salvado. Ellos con la inocencia de los ángeles, te enseñarán la verdad que te resistes á creer, porque en presencia de los ángeles no es posible negar el cielo.

Si tu impiedad no ha llegado á los últimos límites de la estupidez, acabarás, más tarde ó más temprano, por adorar al Dios verdadero.

La primera influencia que la mujer murciana ejerce sobre su marido, es la influencia religiosa. En Murcia la impiedad tiene perdido el pleito, porque la mujer es piadosa. Desde el momento en que se casa se constituye en madre de familia; es el último adios que le dá al mundo. Su casa, su marido y sus hijos: hé ahí su centro, del cual dificilmente sale.

En ella tiene el marido un excelente administrador, porque es hacendosa, económica y casera, y un fiscal celoso, porque todo lo inquiere, todo lo averigua y todo lo sabe.

Si alguna vez le preguntais por su marido, rara vez se encojerá de hombros, dando á entender que lo ignora. Segura de lo que dice, os responderá: «Está aquí ó allí, allá ó acullá; vendrá pronto ó vendrá tarde.» ¡Yá se ve! Puede ocurrir algo en la casa y conviene que la mujer sepa dónde se le encontrará, por si hay que buscarlo con urgencia: ella tiene siempre el itinerario.

Cuando habla con persona extraña, se llena la boca exclamando:

Mis hijos.

Cuando habla con su marido, le llena los oídos diciendo:

—Tus hijos.

Como la vida del matrimonio es aquí todo lo íntima que debe ser, los caracteres se amoldan, se ajustan; los génios se armonizan y las costumbres se funden de tal modo, que dudo haya en ninguna parte, proporcionalmente hablando, un número mayor de buenos matrimonios.

Ocurre alguna vez que la influencia de la mujer, traspasando los límites convenientes, se convierte en dominio absoluto. Hay maridos que oyéndolos hablar por la mañana, se sabe á ciencia

cierta lo que la mujer pensó la noche ántes; pero aún en este caso, como los hombres débiles están condenados á vivir bajo el dominio de álguien, ménos malo es que los manejen sus propias mujeres. Para nada necesita el hombre ser tan hombre como para casarse.

X.

TIPO AUTÉNTICO

Hasta ahora he bosquejado el *fac simile* de una mujer, cuyo original, salvas ligeras diferencias, puede encontrar el lector en todas las poblaciones de España; mas creo que tal y como resulta de los rasgos principales con que la he trazado, es la mujer apasionada y burlona, cristiana y casera, que habita en la ciudad de Murcia. Los grados de educacion que alcanzan estas mujeres, segun la clase á que pertenecen y el lugar que ocupan en la sociedad, alteran el exterior sin variar el fondo. La alta señora y la mujer del pueblo parecen á primera vista dos seres distintos, por la diferencia de sus modales, pero el observador atento y curioso hallará en

ámbas el mismo carácter, el mismo corazón y la misma índole: la misma mujer bajo un vestido de seda ó bajo un vestido de lana.

En los pueblos grandes más apartados de la capital se notan ménos estas diferencias entre lo que podemos llamar la aristocracia y la plebe, teniendo en cuenta que en tales poblaciones no hay lo que, rigurosamente hablando, se llama clase media, si no se pierde de vista que las gentes de los campos y de las huertas forman un pueblo aparte.

Los propietarios más ó ménos ricos son los primeros que se apropian el usufructo de la sangre azul, por más que lleven apellidos oscuros, tan ignorados de las edades pasadas como de la edad presente; los médicos, los abogados y áun los boticarios, entran también en el grupo aristocrático, y éstos al ménos presentan los títulos académicos de su suficiencia; despues están admitidos los escribanos, porque al fin son depositarios de la fé pública, por más que se burlen de ella con sobradísima frecuencia. No es posible negarles un puesto en esta alta sociedad á los comerciantes de cierta importancia, y á los empleados de escri-

torio que disfruten el sueldo á más de seis mil reales para arriba. De aquí abajo todo es plebe, de forma que no hay más que dos maneras de ser: ó D. Fulano, ó Fulano á secas.

En estos pueblos, iba diciendo, las mujeres de arriba y las mujeres de abajo ofrecen ménos diferencias exteriores, confundiéndose en los modales, en las costumbres, y hasta en el aire y en los modismos del lenguaje. No niego que haya algunas excepciones.

Pueblos dichosos, en que el viajero fatigado ó curioso podria vegetar algun tiempo, si le fuera permitido de vez en cuando admirar en voz alta las bellezas de otros paisajes ó las grandezas de otras poblaciones; pero eso constituye una especie de delito de lesa localidad que se castiga con un enojo unánime. Es verdad que no hay policia, ni alumbrado público, ni calles transitables, ni obras de arte que admirar, ni antigüedad gloriosa que no se halle abandonada y en desastrosas ruinas. Es cierto que se come lo que se puede y como se puede, que se duerme á fuerza de sueño y que se vive como Dios quiere; pero en estos lugares se padece generalmente la pueril mania de la vani-

dad local, y es preciso entrar por sus puertas con la mano puesta en el corazón, jurando y perjurando que Dulcinea del Toboso es la criatura más hermosa y más rica que han visto los siglos pasados, ven los siglos presentes y verán los siglos futuros.

Alejémonos, pues, de estos centros de población y busquemos el tipo verdadero, original, auténtico, de la mujer murciana en este pueblo que vive desparramado en la extensa vega que ciñe á la ciudad, y que se alberga, ya en solitarias viviendas medio escondidas entre los árboles, ya en pequeños caseríos que blanquean sobre la verde alfombra aterciopelada de los nacientes sementeros, ya en humildes aldeas que tienden sus cuatro calles y levantan sus cuatro casas en las hondonadas de la puerta ó sobre las lomas de la campiña. Cerca, muy cerca de la ciudad, esto es de la civilización, pero más cerca todavía de la naturaleza, más cerca del cielo.

XI.

LA HUERTA

Los viajeros aficionados á contemplar las decoraciones con que la naturaleza hermosea la tierra, segun sus leyes ó sus caprichos, hablan con delicia, como saboreando el placer del recuerdo, ya de los jardines de Sevilla, de los cármenes de Granada, de los huertos de Valencia. El Segura es un rio más humilde que el Guadalquivir, ménos celebrado que el Turia, más oscuro que el Genil y el Darro.

Y no se crea que su origen es ménos excelso que el del mismo Bétis, porque ámbos rios nacen en Sierra-Segura y bien se puede decir que son hijos de unos mismos padres, y que se han meci-

do y siguen meciéndose en una misma cuna: son dos ríos hermanos, más aún gemelos.

¿Cuál de estos hermanos es el primogénito?

Acerca de este punto genealógico no hay cuestión posible. El derecho de primogenitura es evidente, porque, como se ve, el Segura lleva desde tiempo inmemorial y en posesión pacífica el nombre de la casa por consentimiento unánime de numerosas generaciones.

El famoso Bétis es pura y simplemente un *segundon*, que más afortunado, obtuvo de los árabes, Dios sabe por qué intrigas, el título de Guadalquivir, erigiéndose nada ménos que en rey de los ríos.

El Segura, que, partiendo de su casa solariega, baja á fertilizar la huerta de Murcia, rodeandola en cariñoso abrazo, tiene algunos tributarios, entre ellos.... ¡friolera!..... el río *Mundo*, y aunque Claudio Ptholomeo lo llamó *Estabec*, y Plinio lo designa con el nombre de *Thades*, él no ha querido renunciar á lo que podemos llamar su nombre de pila, nombre que conserva como un homenaje rendido al honor de su lengua nativa.

El nacimiento del río Segura no es ruidoso,

es más bien pintoresco. No es un torrente que se desprende de las rocas saltando impetuoso por los desfiladeros de la sierra, amenazando las llanuras con la invasión de sus ondas. Nó: nace en diversos manantiales, cuyos hilos sueltos van uniendose tejiendo al fin el manto de sus aguas. Desde la misma cuna parece anunciar su condicion apacible, y áun me atrevo á añadir, sus instintos fértiles.

Decimos el eden de Andalucía, el paraíso de Valencia, el vergel de Granada. No me opongo á que tengamos, como quien dice, detrás de la puerta ó al volver la esquina, un vergel, un paraíso y el Eden mismo prometido por el Profeta; mas yo al empezar á escribir estos ligeros apuntes, sólo me atrevo á ponerles por título: *La huerta de Murcia*.

Permitaseme un rasgo de pedantería, porque tambien he de ser alguna vez erudito.

*Thades-fluvius qui carthaginensem agrum rigat.
Illorci refugit Scipionis roqum.*

Así lo dice Plinio, mas si observamos que no es el campo de Cartagena, sino la huerta de Murcia lo que riega el Thades, y que Illorci desig-

na un lugar que no es completamente desconocido, sacaremos en limpio que la cita que acabo de hacer es de todo punto inútil.

Además, no es absolutamente indispensable el testimonio de Plinio para que tengamos certidumbre de que el rio Segura, dos leguas próximamente ántes de llegar á la ciudad de Murcia *refugit Scipionis roqum*; esto es, dirige su curso hácia Poniente, formando el ancho semicírculo que traza la gran cuenca de la vega; pero si suprimimos las ocasiones de citas semejantes, ¿qué uso vamos á hacer de nuestra erudicion?

Desde Cieza se puede decir que el curso del Segura es una carrera triunfal; los pueblos, si se me permite expresarme así, le salen al paso ricamente coronados de hojas, de frutos y de flores. Villanueva, Ojós, Abarán, Blanca, Illea, todos estos pueblecillos extendidos á lo largo de la ribera, levantan sobre las márgenes del rio sus huertos embalsamados por los perfumes de los frutales.

Cada árbol, semejante á un canastillo, abre orgulloso su pomposa copa dejando ver asomadas entre las hojas, y pendientes de los vástagos,

graciosas flores y risueñas frutas. El limon, amarillo como el oro, relampaguea entre el verde oscuro de las hojas; las naranjas, cuyo vivo color no tiene nombre, cuelgan en racimos de las ramas que se doblan para ocultarlas; las manzanas, pálidas y á la vez sonrosadas, descubren á los rayos del sol la pureza de su tez fina y suave. No quieren ser ménos los granados, y adelantandose á la naturaleza que los guía, abren sus flores de encendida púrpura, en cuyos cálices empiezan á hincharse las granadas.

De las vecinas lomas bajan en uniformes escuadrones los viñedos cargados de frutos y cubiertos de pámpanos, y más allá, en ordenadas filas, proyectan los extensos olivares su sombra cenicienta.

El mirto corre de una parte á otra como si quisiera estar á la vez en todas partes, los laureles se entrelazan ni más ni ménos que si quisieran ceñir la corriente del rio con una corona eterna, y hasta las cañas, apiñadas unas sobre otras, se empinan en los ribazos, luciendo á la vez el raso verde de sus largas hojas y los altos plumeros tejidos de seda y plata.

Ya se ve, el Segura, satisfecho de tantos homenajes, sosiega el ímpetu de su curso, y deteniéndose en las revueltas del cáuce deja que toda esa pompa se retrate en el espejo no siempre claro de sus aguas. Parece que se recrea en contemplar el espectáculo que se abre ante sus pacíficas ondas, y ondulando de una á otra orilla besa las márgenes como si quisiera decirle á la tierra: «Gracias, señora, gracias.»

Después de esta fiesta con que la naturaleza celebra el paso del río por los lugares que he dicho, entra silencioso en la cuenca que forma la huerta de Murcia.

En sus primeros pasos se encuentra detenido por una gran presa que, cortando el cáuce, suspende el curso de la corriente. Allí las aguas empujan en vano la muralla que las sujeta, y amontonándose las ondas unas sobre otras, suben hasta dominar la altura de la presa, precipitándose por encima del muro en majestuosa cascada.

Al gran remanso que la presa obliga á formar al río se le llama la *contraparada* y es el gran depósito de donde parten los principales riegos de la huerta de Murcia. De allí salen las dos *acequias*

mayores, grandes artérias que, sucesivamente sangradas en su largo camino, forman una red de *azarbes* menores que corren en todas direcciones, llevando el riego por toda la extension de la huerta. Los nombres de esos *azarbes* en que el riego se reparte, descubren el origen y la antiqüedad de obra tan admirable, *Zenela*, *Beniajan*, *Aljucer*, *Beni-Potrox*, *Alquibia*, *Beniel*, *Aljezares*, *Aljufia*, *Alberca*, *Zaraiche*, etc. Estas denominaciones, que lo son tambien de pueblos y partidos, dicen bien claramente que los riegos de Murcia son de origen árabe.

En efecto, á los árabes debemos la *contraparrada* y la distribucion de las aguas en la multitud de canales de que está cruzada la huerta.

El rio, hábilmente dirigido, se extiende en pequeños raudales, aprovechando con prevision inteligente sus aguas no siempre caudalosas, haciendo de una fertilidad que parece inagotable, la espaciosa llanura que rodea á la ciudad como una inmensa alfombra. Es textualmente un lago verde que llega hasta besar los piés de la sierra de la Fuensanta, en cuyo centro levanta la ciudad sus casas y sus torres, como una isla.

En este jardín, cuyos límites no siempre alcanza la vista, flotan, medio sumergidos en las sombras del follaje, numerosos pueblecillos, esparcidos por toda la extensión de la huerta, que levantan las modestas torres de sus iglesias al través de las copas de los árboles.

El agua corre y salta por todas partes. No hay vivienda, por humilde que sea, por delante de cuya puerta no pase un raudal más ó ménos copioso.

Á las acequias mayores acuden los *brazales* que sucesivamente, y según el orden de las tandas de riego establecidas, toman el agua que les corresponde para llevarla como un dón precioso á los *bancales* que la esperan.

Más de dos mil familias, esparcidas por toda la extensión de la huerta, se dedican al cultivo de esta tierra que el Segura riega, el sol del mediodía vivifica y el trabajo del hombre fecunda. Más de dos mil familias, sóbrias, humildes, curtidas por el sol y por el aire, que riegan á la vez con el sudor de su frente las semillas que siembran y los frutos que cojen.

Para estas gentes la *contraparada* es el inven-

to más prodigioso y más útil que ha salido de las manos de los hombres: Tocar á la *contraparada* es tocarles á las niñas de los ojos.

Hace algunos años, esta fábrica, de tan antigua construccion, sufrió algunos desperfectos que fué preciso remediar. El ingeniero encargado de la obra no fué feliz en su empresa y el muro levantado para contener la corriente del Segura volvió á romperse. Entónces las gentes de la huerta empezaron á temer que habia en aquel desastre alguna *mano oculta*, y no sabiendo á qué causa maldéfica atribuir la catástrofe de la *contraparada* le echaban la culpa á la Constitucion: casi se sublevaron.

Fácil fué contenerlos, mas la agitacion fué grande hasta que las aguas del rio se vieron otra vez contenidas, y los riegos volvieron á derramarse por la huerta.

Al ver el viajero el rico panorama que presenta á los ojos la fértil cuenca que en esta parte baña el rio Segura, admirará la fecundidad de la naturaleza; mas luégo que examine de cerca el cuadro y observe los pormenores del cultivo, advertirá que no es tanta la prodigalidad de la tier-

ra ni la generosidad del sol, ni la fecundidad del agua; porque verá por todas partes la huella continua, constante, pertinaz, incansable, del trabajo del hombre.

El pueblo, desparramado alrededor de la ciudad, forma una colonia sóbria, activa, trabajadora, perpétuamente encorvada sobre el surco que abre con sus manos; la tierra no tiene para ella más extension que el horizonte adonde llegan los límites de la huerta. Madrid está para estas gentes en Pekin. Nuestra revolucion ha pasado por allí sin dejar rastro; nosotros somos para ellos otro pueblo, otra raza, otros hombres.

Ignoran por completo el mecanismo de nuestros gobiernos.... *El Rey*, hé ahí la única palabra política cuyo sentido entienden. La Constitucion suena en sus oídos como una voz de mal agüero. Y todavía no ha sido posible que la pronuncien como se escribe. Los únicos lazos políticos que los unen á esta sociedad en que vivimos son las contribuciones que pagan, las quintas que los diezman y las elecciones á que van como rebaños, y debo añadir que las contribuciones los aniquilan, las quintas los afligen, y las elecciones los aterran.

Tal es el pueblo que nace, vive y muere en la hermosa huerta de Murcia. De tejas arriba, Dios; de tejas abajo, la *contraparada*.

Bajo la sombra de las moreras que entoldan la huerta, esconden sus frágiles viviendas y se creen solos en medio del universo.

Acostumbrados á la fertilidad que les ofrece la tierra que cultivan, trabajan sin descanso, creyendo tal vez con razon que la naturaleza es ménos ingrata que los hombres.

Así nacen, así viven, y así mueren, pobres en medio de la riqueza que los rodea, humildes en medio de la soberbia pompa con que el suelo les devuelve en frutas, en semillas y en flores el fecundo sudor con que lo riegan y el continuo trabajo con que lo cultivan.

XII.

DE PUERTAS ADENTRO

Aquí en efecto es donde se nos ofrece tal y como es, tal y como Dios la ha hecho, con sus piés desnudos, sus brazos á la intemperie, su frente tostada, su fisonomía enérgica, recelosa, burlesca y apasionada; con sus cantares melancólicos; yendo y viniendo, subiendo y bajando, afanosamente ocupada en sus habituales quehaceres, que así participan de las faenas de la agricultura como de las ocupaciones diarias de los afanes domésticos.

Esta mujer, hija ó madre, tiene á su cargo el aseo y la limpieza de la casa cuyo principal lujo consiste en la abundancia de lebrillos y vasijas de vidrio y de barro, platos, vasos, jarras y tazas

con que artísticamente cubren y alhajan el ángulo de la habitación, que más pronto se ve desde la puerta de la casa.

En él se reúne como en un tesoro todas las prosperidades obtenidas por el trabajo, de manera que todo este aparato de vasijas casi nos sale al encuentro para contarnos la opulencia de la familia ó la estrechez á que la suerte la tiene condenada.

El resto del menaje de la casa consiste en una cama muy alta y muy ancha, cuyos colchones rellenos con las hojas secas que cubren la mazorca del maíz, suenan, con sólo mirarlos, como si se quebráran á la vez todas las cañas que cubren la orilla del *azarbe* que pasa por delante de la casa. Sobre la pared, ni muy blanca, ni muy tersa, que forma la cabecera de la cama, hay siempre pegadas con engrudo é iluminadas libremente con ababol y azafran, es decir, con oro y púrpura, várias estampas devotas, entre las que no falta nunca la imágen de San Cayetano y la de la Virgen de la Fuensanta, excelsa Patrona de la ciudad de Murcia. Un arca de pino sin pintar es absolutamente indispensable, porque este mueble

característico llena tres funciones importantes: es á la vez ropero, gaveta y despensa; de su anchuroso seno se escapa, siempre que se abre, el suave perfume de alguna fruta olorosa.

Sobre el arca, y pendiente de un clavo por medio de un lazo de cinta de color de rosa, se ve el *timple*, esto es, una pequeña guitarra, cuyas cuerdas chillonas, heridas por las toscas manos del padre, del hijo ó del vecino, producen sonidos cadenciosos capaces de hacerle cantar á un mudo y de hacerle bailar á un muerto.

La artesa, empinada contra la pared, cubierta con un mantel de estopa no muy blanco, pero muy limpio, sostiene, digamoslo así, sobre su cabeza el cedazo ligero como pudiera llevar una corona.

Cierra el inventario una coleccion de sillas toscas, duras y pesadas, con asientos de esparto, y una mesa pequeña de pino con su cajon correspondiente, y el candil, única lumbrera de la casa, sériamente colgado de la campana de la chimenea.

La sala de estas viviendas es el hogar, la primera y la más grande habitacion de la casa: las visitas se reciben, pues, en la cocina. Cualquiera

diría que en esta casa no se piensa más que en comer, puesto que la cocina se presenta en primer término; pero yo aseguro que las gentes que las habitan son las más sóbrias que pisan la tierra. El pan de trigo es un lujo que sólo se permiten las familias muy bien acomodadas; el pan de maiz que llaman *bollo*, es más frecuente, y la torta de cebada es el pan de los más pobres. La carne no se usa más que en los días de grandes banquetes. Las gallinas las crían para el mercado ó para sus amos, y el día que se mata alguna es señal de que álguien se muere en la casa.

El verdadero estrado de estos albergues se encuentra al aire libre, delante de la puerta de la barraca ó de la casa, bajo el emparrado que se extiende como un pórtico ó bajo la sombra de la higuera que entolda la fachada de la casa.

A uno y otro lado de la puerta se levantan dos divanes, contruidos con piedras y yeso ó con piedra y barro, á los que se les dá el nombre de *poyos*.

Así es, poco más ó ménos, el palacio en que habita la mujer de la huerta de Murcia.

XIII.

POBREZA Y TRABAJO

Aquí la tenemos en un día de sol ó de lluvia entregada á las faenas de la casa. Supongamos que hace un año que se casó; y si es así, estad seguros de que yá tiene un hijo, porque es fecunda como la tierra en que ha nacido, y el *zagal* (nombre que le dan á los niños) duerme ó llora en la cuna delante de la puerta, bajo el emparado ó bajo la higuera, miéntras el marido cava en el *bancal* inmediato, ó escarba el trigo naciente, ó labra el barbecho con la lentitud propia de su índole meridional. Ella, entretanto, lava en la corriente del *azarbe* que pasa por delante de la casa, ó armada de larga pala saca del horno, compañero inseparable de la vivienda, los anchos

panes que amasó al ser de día. Si está de pique con alguna de las que viven en las inmediaciones de su casa, canta que se las pela con acento agudo y resuelto, y canto va y canto viene, y cada copla es una saeta que va á clavarse en el corazón de la vecina, porque tiene para estos casos un repertorio de coplas inagotable. Con su *zagalejo* corto y plegado á listas blancas y azules, con su pañuelo de algodón al cuello, y otro del mismo género rodeado á la cabeza en forma de turbante, se defiende del frío y del calor, del sol y de la lluvia.

De pronto se detiene, como quien medita, y permanece suspensa algunos instantes moviendo los labios silenciosamente; despues se santigua, besando la cruz que forma con el pulgar y el índice de la mano derecha; y es que el reló de la Catedral, cuya campana lleva su voz profunda á todos los extremos de la huerta, le ha dicho que son las doce, y ha rezado la oracion del medio día.

El *zagal* se agita en la cuna llorando á grito pelado, porque la pobre criatura yá no tiene sueño, y lo que es peor, tiene hambre; pero la

madre, que recoge el pan del horno á toda prisa ó tiende sobre las ramas de la higuera la ropa que acaba de lavar, se impacienta y á la vez le grita:

—¡Calla, barraco, que ántes es tu padre!

Y dando un suave empujon á la cuna, que oscila meciendo al niño, que continúa llorando, entra en la casa, planta la mesa delante de la puerta, sobre la mesa un mantel pequeño, y sobre el mantel un pan muy grande. En un plato hon-do, semejante á una cazuela, aboca una olla que, sostenida sobre tres piedras, humea sola y silenciosa en el hogar. De esta olla cae un torrente de alubias, ó de habas, ó de patatas, cuya salsa despide un olor sencillo, pero apetitoso, en la cual flotan tres ó cuatro pimientos redondos, pequeños y lustrosos, de color encendido, que pican como unos desesperados.

En esto llega el marido sacudiendose los anchos *zaragüelles* de lienzo blanco que apénas le llegan á las rodillas, y acercando á la mesa la primera silla que encuentra á la mano, se sienta á comer sin hablar palabra, pero quitandose el sombrero y dejando ver los dibujos del pañuelo

que lleva perpétuamente atado á la cabeza. Antes de hundir la cuchara de palo en las llenas profundidades del plato que tiene delante, se santigua. Luégo que saborea el primer bocado, saca de la faja encarnada que rodea su cintura una navaja larga, afilada y puntiaguda, con la cual corta el pan en gruesas rebanadas.

La mujer se acerca á la mesa sujetando con un brazo al *zagal*, que yá no llora, por la sencilla razon de que tiene la boca tapada, sirviendose del otro para comer, y de la lengua para hablar lo suyo y lo ageno, miéntras el marido oye, come y calla.

No pasa la comida de este primero y único plato, y una vez terminada, el niño, dormido ó despierto, vuelve á la cuna, el marido hace muy despacio un cigarro enorme, saca despues de entre los dobleces de la faja una bolsa de piel de cabrito que contiene pedernal y yesca, que enciende golpeando la piedra con el revés de la navaja cerrada; arde el cigarro, y echando bocanadas de humo se dirige pausadamente al *banca* á proseguir su tarea.

Ella, entre tanto, levanta los manteles, guarda

en el cajon de la mesa los restos del festin, y friega en la corriente del brazal su vajilla de barro y sus cucharas de madera, espantando á la vez con ademanes y con gritos amenazadores al perro cabizbajo y al gato astuto, *auseando* de paso á las gallinas voraces, que forzando la puerta del corral ó escalando las bardas han acudido tambien á tomar parte en el banquete.

No suele faltar despues una vecina con quien murmurar un rato de la que por entónces tiene la buena mujer entre ceja y ceja, valiendose de muchos rodeos, de muchas salvedades, de muchas figuras retóricas, para clavar en la víctima el agudo alfiler de su lengua.

Estas gentes, que por lo comun no saben leer ni escribir, poseen como nadie los secretos de la gramática parda, y son tan suspicaces, que es sumamente difícil engañarlas.

Cuentase que en una ocasion, no recuerdo en qué paraje de la huerta, se incendiaron unas *garveras* de miés, y fué preciso averiguar judicialmente la causa verdadera del incendio, siendo llamados á declarar á casa del Escribano cuantos vecinos pudieran tener noticia del caso. Entre és-

tos compareció una mujer, que habia sido prévia y repetidamente citada, y despues de algunas vueltas y revueltas vino á declarar que ni sabía, ni habia oido decir cómo se prendió fuego á la miés. Dictó el Escribano la declaracion, intercalando en sus respectivos lugares los signos ortográficos convenientes. Al oirla mujer aquellas palabras de: *Dos puntos, coma, punto y coma, punto y seguido* &c., cuya significacion ignoraba, creyó que el Escribano le hacía decir en la declaracion cosas que ella no habia dicho, y se negó redondamente á prestar el debido juramento.

A tal punto llega la suspicacia de estas gentes, la cual se aumenta siempre que se trate de asuntos judiciales, porque le tienen horror á los escribanos, casi tanto como á la *Constitucion*, á la cual atribuyen el exceso de contribuciones que los agovia. ¡Qué disparate! Pero vaya usted á hacerles entender que la *Constitucion* les ha llenado la casa de felicidades y de abundancias.

A la caída de la tarde, la mujer que yá conocemos recorre con su hijo en brazos los linderos de los banales recogiendo yerbas sustanciosas, que cocidas con agua y sal y aliñadas con algunas

gotas de vinagre y una sombra de aceite han de servir de cena, llevándose á la vez las ramas secas que al paso encuentra, que le han de servir para encender la lumbre.

Poco despues de oscurecer, la puerta de la casa está cerrada y el candil apagado, porque la familia duerme profundamente en el hondo sueño de la pobreza satisfecha y del trabajo honrado.

XIV.

LA ROMERÍA

Apénas empieza á clarear el dia cuando todas las puertas se abren y en todas las casas se advierte el movimiento de la vida; pero se trata sin duda alguna de un dia extraordinario, porque los mozos se echan á la calle con sus *zaragüelles* blancos como la nieve, con sus *jubones* de percal ó de seda, sujetos con botones de plata, con sus *camisones* y sus calcetas que acaban de salir del fondo del arca, con sus fajas de lana azul ó de seda carmesí, con sus monteras de felpa ó con sus sombreros de ala vuelta hácia arriba, por detrás de los que cuelgan las puntas del pañuelo con que llevan ceñida la cabeza, y sobre todo, con sus soberbias mantas de grandes dibujos y vivísimos colores y

sus enormes varas de fresno, altas hasta llegar al hombro, y gruesas lo bastante para deshacer el cráneo más duro al primer garrotazo.

Las mozas no quieren ser ni más perezosas ni ménos espléndidas, y cada una, con arreglo á su fortuna, se ha echado yá encima sus mejores joyas y sus más brillantes atavíos.

Las pobres se contentan con enseñar bajo el ribete del *zagalejo* de lana, que se queda bastante más arriba del tobillo, sus piés limpios y desnudos, que descansan sobre estrechas suelas de alpargates de cáñamo, en cuya cara apénas cabe la uña del dedo gordo, que van sujetos por cintas negras. El corpiño sin mangas, especie de corsé que ellas llaman *armaor*, no pasa de las humildes pretensiones de percal, si bien oculta las costuras debajo de ligeros bordados de seda. La manga de la camisa que se detiene mucho ántes de llegar al codo, remata en una puntilla, y sobre los hombros se cruza con mucha gracia un pañuelo de seda, si es posible, y en todo caso de matices muy vivos, porque estas mujeres, de ojos recelosos y tristes, son admiradoras decididas de los colores fuertes. Grandes arracadas de metal no precioso,

algun collar con cuentas de vidrio, una *tumbaga*, esto es, una sortija que puede ser de plata, y una flor en la cabeza, completan el traje y los adornos.

El peinado es en todas el mismo: el *moño de picaporte*, que consiste en una gran trenza doblada sobre sí misma y sujeta por la mitad sobre la parte posterior de la cabeza en el punto en que se atan el pelo, y dos rizos enormes, sostenidos con horquillas sobre las sienes.

Las más lujosas se han propuesto echar al aire hasta el fondo del arca, y se presentan verdaderamente brillantes, deslumbradoras y airosas.

El pié vá encerrado en un zapato de raso blanco, sobre cuya cara se ostenta un lazo ó un madroño de seda del mismo color, miéntras la pierna se esconde, digamoslo así, en una media fina y calada, que se pierde bajo los multiplicados pliegues del *zagalejo*, que es de rico merino y puede llegar á ser hasta de terciopelo. Estas faldas, generalmente azules ó rojas, de color de cielo ó de color de púrpura más subido ó más bajo, se ven espléndidamente bordadas en seda, en felpillas, en oro y en plata formando anchas franjas, cuyos dibujos recorren toda la circunferencia de la tela;

el corpiño es tambien de seda de la misma manera bordado; el pañuelo es de crespon blanco, pequeño para que se vea la gracia del talle, y sobre todo la opulencia del corpiño, y muchas prefieren los pañuelos de cachemir amarillos, con largos flecos, con cenefas de rosas blancas ó purpúreas sobre ramos verdes bordados á realce. Es fina la tela de la camisa, cuyas mangas terminan en encajes; el delantal, de raso blanco, pequeño y bordado en oro, en plata ó en seda.

Nada más gracioso ni más pintoresco que este traje, en el que relampaguean todos los colores del arco iris y que, por lo comun, sirven de adorno á cuerpos sueltos y airosos, aumentando en ellos la soltura y la gracia.

De esta manera ataviadas salen de sus casas las más ricas y las más pobres, y en animadas caravanas hormiguan por los senderos y desembocan en los caminos. ¿Á dónde van? Es seguro: ó se celebra en Monteagudo la ruidosa fiesta de San Cayetano, ó es que la hermosa efigie de la Virgen de la Fuensanta va á ser trasladada á la Catedral desde su santuario del monte, ó *vice-versa*, que es lo mismo, pues puede ser tambien

que se la traslada desde la ciudad al santuario. En el primer caso, se la trae en rogativa para que interceda ó aparte con mano misericordiosa la calamidad que amenaza: en el segundo, es que se la restituye á su solitario y pintoresco albergue, porque yá su intercesion ha conseguido el favor especial que se le pedia; es que yá han cesado los terremotos que conmovian los campos, los pueblos y los montes; es que una lluvia casi milagrosa ha saciado la tierra, que se abrasaba sedienta; es que se ha purificado el aire envenenado que diezmaba las familias con terrible epidemia; ó es, en fin, que se ha disipado la repentina plaga que asolaba la campiña y destruía las cosechas.

En cualquiera de los dos casos, la multitud acude engalanada y alegre, porque si la Virgen viene, la acompaña llena de viva esperanza, y si se va, la sigue, encendida en gratitud fervorosa.

Sin duda ninguna no es el dia en que se celebra la gran romería de San Cayetano, porque las veinte campanas suspendidas en los macizos muros de la torre de la Catedral suenan á la vez, llenando el aire de armonía estrepitosa, que es imposible oír sin conmoverse. Parece un conjunto

de voces acordadas que bajando del cielo llenan los ámbitos de la tierra. Es una música cuyas notas no caben en el pentágrama, y cuyos acordes resuenan en el fondo del alma, infundiendo en ella una especie de augusto regocijo; retumban en el corazón, oprimiéndolo y dilatándolo alternativamente, suben á la garganta gritos de súbito entusiasmo y de repentino gozo, y las lágrimas acuden á los párpados. Vienen á ser como un órgano inmenso, que en vez de cantar bajo las sagradas bóvedas de la iglesia, lanza los acentos de sus profundas melodías bajo la extensa bóveda del cielo. Podría creerse que la altísima torre descubre desde las nubes donde esconde la veleta, algún resplandor de la esencia divina, y que conmovida hasta en sus hondos cimientos, prorrumpe con sus lenguas de bronce en un himno magestuoso de profunda alabanza.

Este primer cántico de las campanas, extendiéndose en las ondas del aire, lleva hasta los más apartados pueblecillos de la vega, hasta la barraca más lejana, la noticia de que la Reina de los Ángeles va á salir del recinto de la basílica, para dirigirse á su precioso santuario de la Fuensanta.

Á la voz de las campanas la huerta entera se pone en movimiento, y la muchedumbre entra como rios por todas las puertas de la ciudad. Desde la Catedral hasta el santuario de la Fuensanta hay una legua de camino, y en todo este tránsito se extiende un cordon movible de mantas encarnadas, de zagalejos azules, verdes ó rojos, de pañuelos de color de fuego ó de color de oro.

Sale la Virgen, y los hombres se descubren y se arrodillan, y las mujeres se arrodillan y lloran. Oscila la muchedumbre alrededor de la sagrada imágen en continuo oleaje; porque todos, y principalmente las mujeres, se disputan con obstinado empeño el lugar más inmediato á la hermosa efigie: las que no la han contemplado de cerca, quieren verla; las que yá la han visto una vez, quieren contemplarla de nuevo y las que la han visto muchas veces quieren estarla viendo siempre. Unas le piden, otras le ofrecen, todas le invocan; no hay ojos que no la miren; ni lábios que no la bendigan. Jamás glória alguna humana ha obtenido sobre la tierra un triunfo más universal y más completo.

Las mujeres hacen en esta fiesta el principal

papel; ellas cubren este homenaje de la piedad de todo un pueblo con sus lágrimas, con sus gritos, con sus bendiciones; ellas bordan, si puedo decirlo así, el manto externo y profundo de la muchedumbre con los vivos colores de sus vestidos y con los relámpagos de sus atavíos; ellas los agitan con los movimientos continuos de su piadosa impaciencia.

Las mujeres de la huerta que llegan presurosas de los términos más apartados, forman la gran masa de la numerosa comitiva que acompaña á la Virgen en todo el tránsito de tan solemnes peregrinaciones. Acuden en tropel á solicitar ser en este dia las damas de honor de la excelsa Señora, cuyo divino corazon ha de complacerse sobre manera con el homenaje fervoroso de estos corazones sencillos.

Así salen de la ciudad y así llegan á la Fuente-santa. Allí se desparrama la multitud por el monte, cubriendo las laderas, los barrancos y las cumbres; lugares agrestes y solitarios, que parecen asombrados de tan repentina, pintoresca y animada concurrencia. Á lo lejos ofrece el monte una curiosa perspectiva; la variedad de movibles

matices que se destacan sobre las azules ondulaciones de la sierra hacen creer que, merced á una repentina Primavera, han brotado espontáneamente en rica profusion cuantas generaciones de flores es capaz de producir la naturaleza en sus más fecundos momentos.

Cada familia, ó mejor dicho, cada coleccion de familias, busca la sombra de un árbol ó el amparo de un peñasco donde sentar sus reales, es decir, donde tender las mantas, que es en esta ocasion el mantel donde va á verificarse el banquete, en el que, sea la que quiera la variedad de las viandas, se bebe mucha agua de la fuente y no poco vino de la bota.

Todas las mozas tienen novios, porque es muy rara la mujer de la huerta que queda sin casarse, pues á ella le basta para encontrar marido poseer una cama y un arca, y él no necesita para casarse más que sus brazos duros, acostumbrados al trabajo, y una manta nueva.

Allí, pues, están los novios retraidos, reservados, miéntras ellas hablan, gritan, cantan, triscan, corren y bailan. Es un dia en el cual la novia tiene hasta cierto punto permiso para no

hacer gran caso del que más tarde ó más temprano puede ser su marido. Licencia bien excusable, en razón á que desde el momento en que el cura les eche las bendiciones, no habrá para ellas más pensamiento que su marido, ni más alegría que su casa.

Yá la hemos visto entregada á la tarea ordinaria de sus quehaceres, y acabamos de verla, engalanada y bulliciosa, asistir con todo su corazón á la gran fiesta de su devoción más viva; ahora vamos á ver si podemos dar una idea de cómo ama y cómo baila.

XV.

¿CÓMO AMA?

Regla general: siempre que veais un pueblo que se divierte mucho por la noche, tened por cosa casi segura que ese pueblo trabaja poco durante el dia.

Sin duda alguna le será muy agradable al viajero entrar, por ejemplo, en Madrid á las doce de la noche, y encontrarse las calles iluminadas, los cafés llenos de toda clase de gentes, los coches corriendo de un punto á otro, como si les faltára tiempo para llegar al sitio donde se dirigen; en fin la poblacion animada, brillante, placentera y tumultuosa, ni más ni ménos que si se hallára en el dia de un gran regocijo. Mas si el viajero tiene la costumbre de llevar la mirada más allá de la su-

perficie de las cosas, advertirá pronto que aquel pueblo que se agita en medio de tantas disipaciones, no es el pueblo que trabaja.

Por el contrario, el que á las nueve de la noche cruza las solitarias sendas de la huerta de Murcia, en medio de la oscuridad y del silencio, sin oír más voz que el ladrido lejano del perro vigilante, los murmullos del agua y los gemidos del viento, sin más luz que la claridad del cielo y el centelleo de las estrellas, creará que atraviesa un país despoblado. Aquel reposo profundo es el descanso del pueblo que trabaja.

El sol es, por lo comun, la antorcha que alumbrá los placeres á que este pueblo se entrega en los días de fiesta.

Nos hallamos en la mañana de un Domingo.

Yá conocemos la fisonomía expresiva de la mujer murciana, su carácter y su índole, y yá hemos visto el traje con que en la huerta luce las gracias de su airoso talle. Ahora lleva cubierta la cabeza con una mantilla de franela blanca ó negra ó de fondo de seda, guarnecida de ancha cinta de terciopelo; y si es tan pobre que no tiene mantilla, echa sobre su frente un gran pañuelo de lana

á cuadros ó á ramos, con tal que en unos ó en otros se crucen, mezclen y brillen los colores, si puedo decirlo así, más retumbantes.

Va acompañada de su madre, ó de alguna vecina amiga, ó de alguna persona de la familia, porque es doncella, y no está bien visto que las *mozas* se alejen demasiado de la casa sin llevar una prudente compañía. Las viejas aseguran que el mundo está muy perdido, y es preciso creerlas á *pié juntillas*.

¿Adónde va? Va á Misa á la ermita más cercana ó al pueblo más inmediato; ermita ó pueblo que suele estar á media legua de distancia.

Claro está; el novio, que como todos los días, se ha levantado con el alba, está yá en la puerta de la iglesia; y viendola venir á lo léjos, tiende su enorme vara de fresno y comienza á trazar profundas rayas sobre la tierra. Necesita estar distraído en algo para verla pasar.

Ella sujeta la mantilla con la mano derecha por debajo de la barba, y pasa mirandolo á hurtadillas; cosa bien natural si se advierte que hace ocho días que no la ha visto.

Si nos oyera pronunciar la palabra *novio* sol-

taria la carcajada, porque es el caso, que el pobre mozo no le ha dicho todavía ni una palabra, lo cual no impide que ella esté al cabo de la calle, pues con su perspicacia de mujer ha comprendido á las primeras de cambio que es negocio hecho.

¡Yá se ve! Todos los Domingos se lo encuentra en la puerta de la iglesia á la hora de la Misa; y luégo suele *caer* por su casa y sentarse en el *poyo* que hay delante de la puerta, despues de haber cogido el *timble*, que está colgado sobre el arca. Todo esto sin hablar más palabra que el «*Dios guarde á ostés*» ó el «*Alabao sea Dios*» que constituye todo el saludo.

Esto bastaria para que ella concibiera vehementes sospechas; mas no se trata de sospechas sino de evidencia, y la cosa es clara como el agua. Imaginense ustedes que el mozo temple su *guitarro* con mucha calma, haciendo sonar una despues de otra la tercera y segunda cuerda al aire y la *prima* pisada en el tercer traste, hasta que subiendo y bajando, el instrumento se pone en razon, sonando como un órgano. Entónces toca, digamoslo así, á grandes rasgos, haciendo sonar á la

vez todas las cuerdas, y canta á media voz unas coplas que no caen en saco roto. ¿Qué quiere decir cristiano?... Quiere decir que el muchacho está resuelto á casarse. Ella no necesita más para comprender sus amorosas intenciones, y se deja querer; porque en verdad, preferiria á otro ménos pobre, quizá más gallardo; pero toda mujer tiene que hacer alguna concesion al pasar del sér que se ha forjado en su pensamiento al hombre que pide su mano; porque en fin, una cosa son las ilusiones y otra cosa son las realidades.

Además, el mozo está sano, es fuerte y trabaja como un negro; le hace hablar al *timple*, y canta coplas que llegan al alma. No es esto sólo, sino que la vara de fresno puesta en sus manos airadas, es muy capaz de romper veinte cabezas en ménos de un minuto. A mayor abundamiento, se halla fuera de la contingencia de caer soldado, porque gracias á Dios, salió libre en el último sorteo, y los tiempos no son muy buenos para esperar que caiga un novio á pedir de boca por el cañón de la chimenea.

Todas estas reflexiones, hechas á solas, ó en tertulia con las vecinas, ó en consejo de familia,

ablandan su corazon, y ¿qué ha de hacer? Le pone buena cara, el novio la pide, y asunto concluido.

No sé quién, pretendiendo dar una idea de las no buenas costumbres en que los hombres caen desde los primeros años de su juventud, ha dicho que todas las mujeres se casan con viudos. Si la observacion es exacta, y me temo que lo sea, debe eliminarse de ella á la huerta de Murcia, donde las costumbres y la manera de ser de la gente que la habita lo hace difícil, yá que no imposible. No tiene el hombre ocasion ni tiempo: ocasion, porque las mujeres no la ofrecen; tiempo, porque se casan en cuanto son hombres.

Por lo regular, el primer novio es el marido. El peligro contra esta pureza de costumbres está, en los pueblos y en la ciudad, más para ellas que para ellos.

La novia al volver de Misa, prende á su cabeza una flor con la cual quiere decir que empieza á florecer en su corazon la simiente de su cariño que durará miéntras viva.

¡Yá se ve! ¡está en la primavera de la vida!

Así ama.

XVI.

¿CÓMO BAILA?...

Por la tarde, no es sólo el *timple* el que gime bajo las ásperas manos del novio, porque ella lo acompaña repiqueteando entre sus dedos con seguro compás y agilidad admirable sus sonoras *postizas*. El doble acento de las castañuelas y del *guitarro* ejerce una influencia irresistible sobre los mozos y las mozas de la vecindad, y van acudiendo poco á poco, agrupandose bajo el emparado, delante de la puerta de la casa. Como no hay sillas para todos, hay que apelar á los *poyos* que decoran la fachada de la vivienda; los restantes están de pié ó se sientan en el suelo.

Una pareja, ó dos, ó cuatro, y hasta ocho, se presentan en la escena, y comienzan el baile.

En esto es ella incansable; y hé aquí una locura en la cual pone sus cinco sentidos. Bajo una cara séria y hasta desdeñosa se mueven unos piés vivos, alegres, locos, que se cruzan y saltan en continua movilidad al son del guitarro, al ritmo del canto y al compás de las postizas.

Con los ojos bajos, los brazos extendidos y los piés ligeros, se desencadena en una série de movimientos que no carecen de gracia, y cuya voluptuosidad no pasa de ciertos límites.

Es un baile en el cual se desenvuelve una accion que no tendria término, si en el mundo pudiera haber algo eterno.

Ella se acerca como quien desea, y huye como quien teme; á un movimiento de apasionado arrebato sigue otro de desden ó de fria indiferencia: es una mariposa que se lanza sobre la luz que la fascina, y pasa por la llama sin quemarse. Unas veces mira al hombre con quien baila, por encima del hombro, como quien desprecia; otras veces lo mira por debajo del brazo, como quien busca; lo provoca y lo engaña, lo atrae y lo abandona, lo

incita y lo rechaza; le tiende los brazos, y en el momento en que parece que, vencida, va á colgarse á su cuello, da media vuelta rápida y le vuelve la espalda.

Mas no abusa de su victoria, porque se inclina graciosamente y comienza de nuevo la misma escena de halagos y desdenes. Esta vez su pareja la estrecha más vivamente, la rodea, la envuelve, la marea.... no tiene escape, pero ella sabe que la música va á enmudecer de repente, y adelantando el pié derecho en el momento en que espira el último compás, hiere con él el suelo, como quien dice: «De aquí no se pasa.» Si ella se presenta demasiado habladora, demasiado risueña, demasiado casquivana, el novio afina la prima del *timple*, y con mucho *retintin* echa al aire la siguiente copla:

Eres una y eres dos,
Eres diez y eres cuarenta,
Y eres iglesia mayor
Donde todo el mundo entra.

Pero la muchacha sabe muy bien dónde le

aprieta el zapato, aunque ande descalza, y espera la suya, porque no le gusta quedarse con nada de nadie, y á lo mejor hace sonar su magnífica voz de *contralto*, prorumpiendo en esta seguidilla:

Cuando vengas á verme,
Ven boca abajo,
Que se piensa mi madre
Que eres el ganso.

Con semejantes datos, yá no cabe duda de que los novios están de *pique* y la concurrencia parece recelosa, porque es casi corriente que estas riñas entre los novios acaben á garrotazo limpio entre los hombres; y en esta ocasion es más temible el caso, porque.... ¡en buenas manos está el pandero!

Desde que el novio cantó su copla se ha hecho preciso que los demás mozos huyan de la novia, si no quieren encontrarse con la vara de fresno del amante irritado.

Semejante tempestad se conjura ó estalla, y en cualquiera de las dos eventualidades ella goza

la inquieta satisfaccion de ser la heroina de la fiesta.

Si le preguntais, os dirá con mucho desembarazo, que como lo quiere para marido, le gusta que sea hombre.

Así ama y así baila la mujer de la huerta.

XVII.

UN LIJERO RETOQUE

En el contingente de mujeres que el vicio recoge de todas las clases de la sociedad, podrá encontrar el estadista curioso mujeres murcianas, no lo niego, pero en esta forma:

En la ciudad algunas.

En los pueblos pocas.

En la huerta ninguna.

Si hablais de pasiones vivas, ardientes, impetuosas, hallaréis mujeres que han traspasado los límites de su deber; mas si la ceguedad de la pasión las hace aceptar el deshonor de un extravío, son muy pocas las que se resignan á la deshonra del vicio.

Hay más sensualidad en su aspecto que en su

corazon; el fondo de su alma es la ternura, y la base de sus costumbres la religion; pueden extrañarse, pero rara vez se venden.

Si se las ve á cierta distancia, su mirada profunda y su boca desdeñosa, su continente lánguido y su tez meridional, podrán recordarnos, si tenemos noticias de ellas, á las odaliscas, que pasan su vida reclinadas en los cogines del Serrallo; más observadlas en el fondo de la casa y en el seno de la familia, y veréis que la odalisca es una Hermana de la Caridad.

Nada hay más solícito, más paciente, más incansable que una mujer murciana junto á la cama de un enfermo, si este enfermo es su marido ó su padre, su hijo ó su hermano.

Dios, la familia y la casa, son los puntos en que se detiene su pensamiento: Dios es el objeto de su culto, la familia el centro de su amor, y la casa el fin de sus ambiciones.

De esta manera es la mujer murciana. Puede decirse que es *el alma de la casa* y este dictado que la honra es un título que merece otro libro.

XVIII.

CONCLUSION

Otro libro ofrezco desde ahora con el título de *EL ALMA DE LA CASA*, que ha de ser la continuación del presente; porque la mujer, cuyos contornos acabo de bosquejar, se presta á un dibujo más detenido y merece un cuadro más completo.

Hay que ponerla en acción y verla sentir y pensar, en todos los momentos de su vida, para comprender el valor de su influencia en las intimidades de la familia y en el rincón ignorado de la casa.

Todas las cualidades y todos los defectos con

que en bosquejo aparece en las páginas que acabamos de leer, deben reunirse en un tipo que nos dé de ella cabal idea presentandonos su imágen, digamoslo así, viva, moviendose dentro del cuadro de la casa y de la familia, y en contraste con el tipo de la mujer moderna.

Tal es el nuevo libro que ofrezco al cerrar el presente.

ÍNDICE

	Páginas
I <i>La vida moderna</i>	5
II <i>La casa</i>	23
III <i>La familia</i>	39
IV <i>Paisaje</i>	57
V <i>Rasgos generales</i>	65
VI <i>El carácter</i>	73
VII <i>Dos en una</i>	81
VIII <i>La reja</i>	91
IX <i>Su influencia</i>	103
X <i>Tipo auténtico</i>	113
XI <i>La huerta</i>	117
XII <i>De puertas adentro</i>	129
XIII <i>Pobreza y trabajo</i>	133
XIV <i>La romería</i>	141
XV <i>¿Cómo ama?</i>	151
XVI <i>¿Cómo baila?</i>	157
XVII <i>Un ligero retoque</i>	163
XVIII <i>Conclusion</i>	165

CASA EDITORIAL
DE
FRANCISCO ALVAREZ Y C.^A

LEYENDAS
Y
TRADICIONES DE SEVILLA

POR
D. Manuel Cano y Cueto

OBRA DEDICADA
Á S. M. EL REY DON ALFONSO XII

Un tomo en 4.^o francés, con 400 páginas de impresion, que contiene diez leyendas tituladas *Justa y Rufina*, *El Vándalo*, *La Copa de Sangre*, *Ommalisan*, *Leonor Dávalos*, *Doña María Coronel*, *Torrijiano*, *Vazquez de Leca*, *Don Miguel de Mañara*, *El Toque de Agonía* y un prólogo de

D. JOSÉ MARÍA ASENSIO Y TOLEDO

Precio de cada ejemplar, 40 rs.; edicion de lujo, 60.

CASA EDITORIAL
DE
FRANCISCO ALVAREZ Y C.^A

Granos de Arena

COLECCION DE POESÍAS

DE

D. Luis Montoto

PRECEDIDAS DE DOS CARTAS

DE

D. GONZALO SEGOVIA Y ARDIZONE
Y

D. RAMON DE CAMPOAMOR

Un volúmen en 8.^o francés.—Entre otras lindísimas poesías contiene ocho PEQUEÑOS POEMAS titulados *Luz*, *La manzana podrida*, *La calle de la Amargura*, *El rayo de Sol*, *Olas vienen y olas van*, *Mal de muerte*, *Sombras y El poema de mi vida*.—Precio de cada ejemplar, 10 reales en toda España.

CASA EDITORIAL
DE
FRANCISCO ALVAREZ Y C.^A

EL
ATENEEO

PERIÓDICO

DE LITERATURA

ESPAÑOLA Y EXTRANJERA

CIENCIAS Y BELLAS ARTES

REDACTADO

POR NUESTROS PRIMEROS LITERATOS

Los 24 números publicados forman un volumen de 312 páginas en folio, marca holandesa.

Precio de cada coleccion, 20 pesetas.

CASA EDITORIAL
DE
FRANCISCO ALVAREZ Y C.^A

Francisco Pacheco

Sus obras artísticas y literarias, especialmente
el libro de Descripción de verdaderos
retratos de ilustres y memorables
Varones, que dejó inédito.

APUNTES QUE PODRÁN SERVIR DE INTRODUCCION
Á UN LIBRO SI ALGUNA VEZ LLEGA
Á PUBLICARSE.

POR

D. José M. Asensio

Un volúmen en 8.º, con 300 páginas.—Precio
de cada ejemplar, 12 reales en toda España.

CASA EDITORIAL DE FRANCISCO ALVAREZ Y C.^A

POESÍAS

DE

JOSÉ P. VELARDE

Un volumen en 8.º prolongado, de esmerada impresion.

Precio de cada ejemplar, 6 rs. en toda España.

CASA EDITORIAL
DE
FRANCISCO ALVAREZ Y C.^A

(EN PRENSA)

EL ALMA

DE

LA CASA

SEGUNDA PARTE

DE

UN RETRATO

DE MUJER

POR

JOSÉ SELGAS